



EL ZORRO AZUL

Joseph Berna

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

**EL ROJO
AZUL**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 945
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 17.961 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1980

© Joseph Berna - 1980

texto

© Tamurejo - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.544 —El espía que surgió de la cama.

En Colección KANSAS:

843 —La elección de «Miss Oklahoma».

En Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

460 —¡Fuera sombreros, que corre «Matusalén»!

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

421 —El hijo de Johnny *Gatillo*.

En Colección PUNTO ROJO:

936 —El asesino toca la zambomba.

CAPÍTULO PRIMERO

Jill Monroe, de veintitrés años de edad, pelo rubio, rostro bonito y armoniosa figura, se estaba pintando las uñas de los pies, sentada en el sofá del *living*.

De pronto, sonó el timbre de su apartamento.

—Vaya, qué oportuno —rezongó Jill, viéndose obligada a interrumpir su tarea, cuando ya casi estaba terminando.

Bajó el pie derecho del borde del sofá, se levantó, y acudió a abrir, descalza y en bata.

Caminaba apoyándose sólo en los talones y con los dedos bien separados, para evitar que el rojo esmalte, tierno todavía, entrara en contacto con algo y estropease su cuidadoso trabajo.

Cuando tiró de la puerta, y descubrió al tipo que aguardaba fuera, se quedó de muestra.

—Dan... Dan Larson... —musitó.

—El mismo, preciosa —sonrió Dan Larson, mostrando unos dientes blancos, correctamente alineados.

Dan tenía veintisiete años de edad, el pelo oscuro, las facciones agradables, y un cuerpo ligero y atlético. Vestía tejanos azules, camiseta blanca, y cazadora negra, de cuero. Calzaba zapatillas de deporte.

Jill Monroe lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, y no decía nada.

Dan Larson también la miró a ella, de arriba abajo.

Al descubrir que la joven mantenía las puntas de los pies en alto, y los dedos separados, preguntó:

—¿Te ocurre algo en los pies, Jill...?

—Nada —gruñó ella, frunciendo el ceño.

—Tus deliciosos deditos parecen asustados.

—Será de verte a ti.

—¿Tan feo soy...?

—Tan sinvergüenza, querrás decir.

—¡Eh!, ¿por qué me llamas sinvergüenza?

—Porque lo eres.

Dan carraspeó.

—Si lo dices porque hace algún tiempo que no venía a verte...

—¿Algún tiempo...? ¡Hace año y medio! —gritó Jill, sus hermosos ojos azules centelleantes de furia.

Dan Larson se llevó la mano a la boca y soltó una tosecita nerviosa.

—¿Tanto...?

—¡Sí, señor!

—Diablos, cómo pasa el tiempo. Uno se enfrasca en sus cosas, y...

—¡Vete al infierno, Dan Larson! —rugió Jill Monroe, y trató de cerrar la puerta de golpe.

Dan adelantó rápidamente el pie derecho e impidió que la furiosa joven lograra su propósito.

—No me des con la puerta en las narices, Jill.

—¡Con el puño te voy a dar en ellas, como no quites tu pezuña inmediatamente! —amenazó ella.

—Tenemos que hablar, Jill.

—¡No quiero hablar contigo, Dan!

—Te explicaré por qué no he venido a verte en tanto tiempo.

—¡Ahórrate tus explicaciones! ¡No quiero saber nada de ti!

—Yo te sigo queriendo, Jill.

—¡Ja!

—Te juro que es cierto.

—¡El hombre que quiere a una mujer, no es capaz de estar año y medio sin verla!

—No fue por mi gusto, Jill, te lo aseguro.

—¿Era morena o pelirroja?

—¿Qué?

—Pregunto si la chica con la que has estado liado todo este tiempo era morena o pelirroja.

—En mi vida no hay más mujer que tú, Jill.

—¡Cínico, más que cínico! ¡Siento deseos de abofetearte, de arañarte, de morderte!

—Hazlo, pero déjame entrar, por favor.

—¡No, no te dejo!

—Jill, no me obligues a emplear la fuerza.

—¡Oh! ¡Si encima me amenaza, el tío!

—Jill, cariño, lo único que quiero es...

—¡Fuera de mi vista, farsante! —rugió Jill Monroe, empujando la puerta con todas sus fuerzas.

—Está bien, tú lo has querido —masculló Dan Larson, y cargó con el hombro.

Jill salió despedida hacia atrás, dando un chillido, y como correr hacia atrás ofrece sus dificultades, la joven perdió el equilibrio y cayó al suelo, quedando tumbada de espaldas, con las piernas levantadas.

Menos mal que llevaba un pantaloncito, blanco y delicado, porque la bata se le abrió en la caída y mostró hasta el ombligo.

Un ombliguito delicioso, por cierto.

También sus piernas, de muslos largos y esbeltos, morenos de sol, eran deliciosas.

Dan Larson penetró en el apartamento y cerró la puerta.

Jill Monroe seguía con las piernas al aire y en alto, pero no las exhibía deliberadamente, ni mucho menos. Las mantenía así porque la violenta acción de Dan Larson la había dejado tan perpleja que no acertaba a reaccionar.

Dan, después de echar una ojeada a los torneados miembros inferiores de la joven, se acercó a ella y le tendió la mano.

—Arriba, Jill.

Ella le cogió la mano, pero no para que él la ayudara a levantarse, sino para mordérsela.

Y se la mordió.

Con muchas ganas.

Dan no pudo reprimir un grito de dolor.

—¡Suelta, fiera! —barbotó, dando un fuerte tirón, gracias a lo cual pudo rescatar su mano de entre los sanos y afilados dientes de la muchacha.

—¡Eso por haberme tirado al suelo, maldito! —dijo Jill, poniéndose en pie de un salto.

Dan, que se estaba lamiendo la mano como un perro su pata, la miró seriamente.

—Te dije que no quería emplear la fuerza, Jill.

—¡Pues si llegas a querer...!

—Tú me obligaste.

—¡Ésta es mi casa, y tengo derecho a prohibirle la entrada a quien me dé la gana!

—A mí, no, Jill.

—¡A ti más que a nadie!

—Sigo enamorado de ti, Jill.

—¡Una porra!

—¿Qué puedo hacer para demostrártelo?

—¡Nada! ¡El haber estado año y medio sin venir a verme, ha sido suficiente demostración de lo poco que te intereso!

—No podía venir, Jill.

—¿Por qué, te dolían demasiado los pies?

—No estaba en San Francisco.

—¿De veras?

—Me enrolé en un barco, Jill.

—Mecachis en la mar.

—¿Cómo?

—Nada, era una broma.

Dan sonrió.

—Sí, no había caído.

—Yo sí me he caído, y ahora me duele el trasero —rezongó Jill, masajeándose las firmes posaderas por encima de la bata.

—¿Quieres que te dé unas friegas de alcohol?

—¡Y un cuerno, me darás tú!

—¿Me los has puesto, durante mi ausencia?

—¿Los qué?

Los cuernos.

—¡Oh, sí, docenas de veces!

Dan Larson endureció los músculos faciales.

—¿Es eso cierto, Jill? —preguntó, los ojos brillándole agudamente.

—¡Pues claro que es cierto! ¡Ario y medio es mucho tiempo, Dan, y tú desapareciste de mi vida sin darme ninguna explicación! ¡Te esfumaste de la noche a la mañana!

Dan apretó los puños con rabia.

—Creí que me querías, Jill.

—¡Y te quería! ¡Te lo demostré sobradamente!

Dan movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jill. Si me hubieras querido tanto como yo a ti, no te habrías entregado a otros hombres, me hubieras esperado.

—Hasta que me hubiera salido barba, ¿no?

—Año y medio no es tanto, cuando se ama de verdad.

—Si tú me hubieras amado así, no me habrías abandonado. Porque eso de que te enrolaste en un barco no me lo trago yo, ¿eh? Soy tonta, pero no tanto.

—Lo del barco es cierto, Jill.

—¡Anda ya! —exclamó la joven, dando un manotazo al aire.

—Lo hice para conseguir dinero, Jill. Lo necesitaba para poder casarme contigo. Ganaba muy poco con mi antiguo trabajo, y...

Jill Monroe lo miró duramente.

—Basta ya de mentiras, Dan. Si de verdad te hubieras enrolado en un barco, me lo habrías dicho. ¿Por qué ibas a marcharte de San Francisco así, sin despedirte siquiera de mí? ¡Y para año y medio, nada menos!

—Pensé decírtelo, pero no lo hice porque estaba seguro de que tú no lo hubieras comprendido, y habrías tratado de impedir mi partida a toda costa.

—¡Seguro que lo hubiera hecho!

—¿Lo ves?

—De haber sido cierto, claro. Pero tú no te enrolaste en ningún barco, Dan. Eso es un cuento chino, con coleta y todo.

—Jill...

—Dime la verdad, Dan.

—Te la estoy diciendo.

—No, estás mintiendo descaradamente, lo leo en tus ojos.

—Bueno, tampoco importa ya.

—¿No?

—Tú has dejado de quererme, Jill. Has hecho el amor con otros hombres...

—Me diste motivos para dejar de amarte, Dan. No puedes reprocharme, por tanto, que lo haya pasado bien con otros hombres.

—No te lo reprocho, Jill. Me duele profundamente, porque yo sigo loco por ti, pero no te lo reprocho.

—Loco por mí, ¿eh?

—Sí.

Jill Monroe se cruzó de brazos.

—Te lo repito una vez más, Dan. El hombre que quiere de verdad a una mujer, no es capaz de estar dieciocho meses sin verla.

—Dieciocho meses... y un día.

—No hables como si acabaras de salir de la cárcel. Dan Larson esbozó una sonrisa, llena de tristeza y de amargura.

—Lo adivinaste, Jill —dijo, y echó a andar hacia la puerta, la cual abrió, abandonando el apartamento de su novia. De la que fuera su novia, mejor dicho.

Jill Monroe no hizo nada por detenerle.

Se hallaba demasiado perpleja.

Demasiado atónita.

Demasiado estupefacta.

En la cárcel...

¡Dan Larson había estado en la cárcel todo aquel tiempo! ¿Por qué?

¿Qué hizo?

¿Qué delito cometió?

Jill echó a correr de pronto hacia la puerta.

—¡Dan! —llamó, aun antes de abrirla.

La abrió y volvió a llamar:

—¡Dan...!

Ya era tarde.

Dan Larson se había marchado.

CAPÍTULO II

Dan Larson poseía un piso en Pratt Street.

Pequeño.

Viejo.

Lo había heredado de sus padres.

Era lo único que le habían dejado.

Y algunas deudas, también.

Dan, con mucho esfuerzo y sacrificio, consiguió liquidarlas todas, sin necesidad de vender el viejo piso.

Y no porque le tuviera un cariño especial, sino porque, si lo vendía, tendría que alquilar otro, y él no podía permitirse ese lujo.

El piso, año y medio cerrado, sin que nadie se hubiera ocupado de limpiarlo, estaba que daba pena.

El polvo lo cubría todo.

Dan Larson dejó la botella de *whisky*, que había comprado hacía tan sólo unos minutos, sobre la mesa del reducido salón-comedor.

Pensaba bebérsela toda aquella noche.

Hasta la última gota.

Dan se despojó de la cazadora de cuero y la arrojó sobre una silla, sentándose luego en el polvoriento sofá.

Atrapó la botella y la descorchó.

Echó un largo trago.

El *whisky* no era de la mejor calidad, precisamente, y le quemó la garganta y el estómago.

Dan, en el fondo, se alegró de que así fuera.

Eso le ayudaría a olvidar que Jill Monroe ya no le quería.

Y, sobre todo, que había sido de otros hombres.

Sólo de pensarlo se le revolvían las tripas.

Con los ojos brillantes, casi húmedos, se llevó nuevamente la botella a los labios.

En aquel preciso instante, llamaron a la puerta.

Dan respingó ligeramente en el sofá.

¿Quién diablos podía ser?

Nadie sabía que él había vuelto a casa.

Sólo Jill.

¿Sería ella?

Dan no supo si se alegraría o le disgustaría que fuese Jill, pero dejó la botella de *whisky* sobre la mesa y acudió a abrir, casi convencido de que se trataba de su exnovia.

Se equivocó.

Eran dos tipos.

Altos.

Fornidos.

De facciones duras.

Dan se puso tenso.

Conocía a los individuos.

Max Gruber y Eddy Rawlins.

Dos de los gorilas de Bruno Hyland, el hombre que le tentara, y que por aceptar su oferta se vio al poco tiempo entre rejas, y esto, de rechazo, le había costado perder para siempre a Jill Monroe...

Max Gruber, cuyo padre debió de ser albañil, porque a él lo hizo con cara de ladrillo, sonrió y dejó oír su voz de motor de muchos caballos.

—Hola, Dan...

—¿Qué tal te han tratado en chirona, muchacho? —preguntó Eddy Rawlins, sonriendo también.

El padre de Eddy debía de ser cartero, porque él tenía cara de buzón de correos, y cada vez que abría la boca, daba ganas de echarle una carta.

Dan Larson, que no se sentía con ánimos de escribir a nadie, masculló:

—¿Cómo os habéis enterado de que...?

—¿De que salías hoy? —le interrumpió Max *Cara de Ladrillo*.

—Sí.

—El jefe se entera de todo, ya lo sabes —dijo Eddy *Cara de Buzón*.

—Ya lo veo.

—Hablando de ver... —se pellizcó Max el orejón derecho—. Bruno quiere verte, Dan... —comunicó.

—¿Para qué?

—Para darte las gracias, supongo.

—¿Por qué?

—No te fuiste de la lengua cuando la policía te pescó, muchacho, y eso siempre es de agradecer —respondió Eddy.

—Decidle a Bruno que se olvide de mí.

Max Gruber y Eddy Rawlins se miraron, con caras de asombro.

—¿Que se olvide de ti, después de lo bien que te has portado? —exclamó el primero.

—Sí, no quiero saber nada de él ni de sus sucios negocios —dijo bien claro Dan—. Me engatusó una vez, y ya viste los resultados.

—Tuviste mala suerte, Dan, eso es todo —opinó Eddy *Cara de Buzón*.

—Es posible.

—Esta vez te irán las cosas mejor, ya verás... —aseguró Max *Cara de Ladrillo*.

Dan Larson sacudió la cabeza.

—No, muchachos. No voy a arriesgar mi libertad de nuevo. Uno no sabe apreciar lo que vale hasta que la pierde. Además, si volvieran a atraparme, siendo reincidente, me caerían cinco años por lo menos. Demasiado. No lo soportaría.

Max Gruber y Eddy Rawlins volvieron a mirarse.

El primero se rascó su cuadrada mandíbula y rezongó:

—No sé, Dan, no sé...

—¿Qué es lo que no sabes?

—Cómo tomará el jefe la cosa.

—¿Qué cosa?

—Tu negativa a trabajar de nuevo para él.

—Que la tome como quiera. Yo no le debo nada. Cuando me dio dinero, fue porque me lo gané honra... No, iba a decir honradamente, pero eso no es cierto. Bruno Hyland no ofrece trabajo honrado a nadie —masculló Dan, con rencor.

—Tú ya sabías eso, cuando aceptaste su ofrecimiento —recordó Eddy.

—Sí, lo sabía.

—Si tantos escrúpulos tienes, ¿por qué aceptaste? —preguntó Max.

—¡Porque necesitaba dinero, maldita sea! —rugió Dan los puños

apretados.

Max Cara de Ladrillo *sonrió*.

—Ahora también vas a necesitarlo, Dan. Más que antes, ¿verdad, Eddy?

—Sí, porque es un expresidiario, y los expresidiarios no encuentran trabajo fácilmente —señaló Eddy *Cara de Buzón*.

—Ya me las arreglaré, no os preocupéis por mí —masculó Dan.

—No somos nosotros quienes nos preocupamos por tu futuro, sino Bruno —repuso Max.

—Al diablo con él.

Max Gruber atirantó sus graníticas facciones.

—Cuidado con lo que dices, muchacho.

—Sí, no nos gusta que hables así del jefe —agregó Eddy Rawlins, con el gesto igualmente amenazante.

Dan Larson, sin achicarse por la extraordinaria corpulencia de la pareja de matones, repuso:

—Si no os gusta lo que digo, largaos. A mí tampoco me gustan vuestras caras, y cuanto antes las pierda de vista, mejor.

Los ojos de Max y Eddy brillaron peligrosamente.

—¿Has oído eso, Eddy? —masculó Cara de Ladrillo.

—Sí, perfectamente. Dan ha dicho que no le gustan nuestras caras —rezongó Cara de Buzón.

—¿Qué te parece si le estropeamos un poco la suya?

—Iba a sugerírtelo, Max.

—Vamos allá —dijo Max Gruber, y buscó con su puño diestro la cara de Dan Larson.

El expresidiario se agachó con rapidez y la maza del matón pasó silbando por encima de su cabeza, llegando a rozarle el pelo.

El fallo le costó caro a Max *Cara de Ladrillo*, porque Dan le incrustó su puño en el hígado, como si se tratara de un arpón ballenero, y le hizo ver las estrellas sin necesidad de molestarse en pegar el ojo al telescopio.

El gorila se dobló en el acto, lanzando un bramido ensordecedor, y se llevó las manos al hígado.

O lo que quedaba de él.

Eddy *Cara de Buzón*, a la vista del poco éxito que había tenido el ataque de su compañero, entró rápidamente en acción.

Soltó el puño.

Tampoco a él le acompañó la fortuna, ya que Dan Larson burló hábilmente el golpe y su maza sólo encontró el vacío.

El puño derecho de Dan encontró otra cosa.

La quijada del gorila.

Se escuchó un impresionante chasquido y Eddy Rawlins se fue para atrás, como los cangrejos, y con un diente suelto dentro de la boca, que no se tragó de milagro.

Y es que Dan Larson pegaba duro.

Y rápido.

Y su forma de pelear era noble.

De esto último, Max Gruber y Eddy Rawlins tenían muy poco, por desgracia para Dan.

Por desgracia, sí, porque el expresidiario recibió un brutal rodillazo entre los muslos, propinado por el encogido y babeante Max *Cara de Ladrillo*.

Dan Larson lanzó un aullido y se derrumbó, ahogado por el dolor.

—Ya es nuestro, Eddy —dijo Max.

—Qué a gusto voy a sacudirle —masculló Eddy *Cara de Buzón*, después de escupir el diente, manchado de sangre.

Los dos matones penetraron en el piso y cerraron la puerta, para que nadie les molestara mientras se ensañaban con el expresidiario.

CAPÍTULO III

El taxi se detuvo frente al 304 de Pratt Street.

Jill Monroe pagó al taxista y salió del vehículo.

Vestía una falda blanca, abierta por delante, y una blusa roja, de manga larga, tan ligera que se le transparentaba el sujetador. Los zapatos, blancos y rojos, de alto tacón, hacían juego con su indumentaria. Y lo mismo sucedía con el bolso que colgaba de su hombro derecho.

Jill subió al piso de Dan Larson, ubicado en la segunda planta del deteriorado edificio.

Pulsó el timbre.

Dan no abrió.

Jill llamó de nuevo.

El resultado fue el mismo.

Jill pensó que Dan no se encontraba en casa, pero no se marchó.

Esperaría a que llegase.

Tardase lo que tardase.

De pronto, Jill descubrió algo en el suelo.

Un diente.

Jill se estremeció.

Adivinaba que allí había habido una pelea, porque también descubrió un salivazo rojo.

Preocupada, probó a abrir la puerta del piso de Dan.

Se abrió enseguida, porque no estaba cerrada con llave.

Jill empujó la puerta.

Como la luz estaba encendida, descubrió en el acto a Dan Larson.

Yacía en el suelo.

Inmóvil.

Ensangrentado.

Jill sintió que se le encogía el corazón.

—Dan... —musitó con voz ahogada—. ¡Dan! —gritaba dos segundos después, corriendo ya hacia él.

Se dejó caer a su lado y le cogió la cabeza, levantándosela ligeramente.

—¡Dan! —volvió a llamarle, con lágrimas en los ojos.

Los del expresidiario continuaron cerrados.

—Dios mío, cómo te han dejado... —sollozó Jill, observando los cortes y las contusiones que tenía Dan en el rostro.

Dominando su pena y su dolor, la joven abrió su bolso, extrajo un pañuelo y corrió hacia la cocina. Abrió el grifo del fregadero, mojó el pañuelo y regresó junto al expresidiario.

Con sumo cuidado, le limpio la sangre que había brotado de sus cejas, sus pómulos y su nariz. Milagrosamente, los labios se habían librado de los golpes, y aunque también estaban manchados de sangre, ésta no había salido de ellos.

El contacto del pañuelo húmedo hizo volver en sí a Dan Larson.

Jill lo miró con pena.

—Dan...

—Jill... —pronunció quedamente él, visiblemente sorprendido.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Dos viejos amigos.

—¿Amigos?

—¿Qué haces tú aquí, Jill?

—Tenía que hablar contigo, Dan.

—Dijiste que no querías saber nada de mí.

La joven se mordió los labios.

—Lo dije, pero no es cierto —confesó.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—El saber que te habías pasado ese año y medio en la cárcel. Porque supongo que no será otro cuento chino, como el de que te enrolaste en un barco, ¿eh?

—No, no es ningún cuento. Me he pasado dieciocho meses entre rejas.

—Y un día...

—Eso.

—¿Por qué, Dan? ¿Qué hiciste?

—Vender droga.

—Oh, no...

—Sí, Jill. Un tipo me lo propuso. Yo, al principio, le dije que no. Pero el tipo insistió. Me ofreció mucho dinero. Me tentó aquella manera tan sencilla de conseguirlo y acabé aceptando.

—Dios mío, Dan...

—No te sientas culpable por lo que voy a decirte, Jill, pero lo hice por ti. Te quería, deseaba casarme contigo, pero con lo que ganaba trabajando honradamente, no podía. Apenas tenía para mantenerme yo.

—Yo también trabajo, Dan. No hubieras tenido que mantenerme.

—Lo sé, pero yo quería que tú dejaras el trabajo y te ocuparas exclusivamente de la casa, de mí, de los niños.

—¿Qué niños?

—Los que hubieran ido llegando.

Jill le acarició el pelo tiernamente.

—Qué locura, Dan.

—¿De veras te parece una locura tener hijos?

—No, eso me parece lo más maravilloso del mundo.

—¿Qué es lo que te parece una locura, pues?

—Lo que hiciste.

—Sí, a mí también me lo parece. Pero no lo comprendí hasta que estuve en la cárcel, privado de mi libertad. Y privado de ti, que aún era peor.

—¿Por qué no me escribiste?

—No quería que supieras que estaba en la cárcel, que tu novio era un delincuente.

—Por eso te inventaste lo del barco, ¿eh?

—Sí.

—Hiciste mal, Dan. Si me hubieras dicho que estabas en la cárcel, yo habría sufrido mucho menos. Era terrible no saber nada de ti, pensar que te habías cansado de mí, que ya no me querías, que estabas en los brazos de otra mujer...

—En todo caso, sólo sería terrible al principio. Después, conociste a otros hombres y...

—Calla.

—¿Te molesta que lo diga?

—Sí, porque no es verdad.

—Jill...

—Te lo juro por lo más sagrado, Dan. No he sido de otro hombre más que de ti. Quise odiarte por haberme abandonado, pero no podía. Te quería demasiado. He salido con algunos hombres, eso sí es cierto, pero cada vez que uno de ellos me besaba o ponía su mano sobre mi rodilla, me acordaba de ti y me repugnaba sentir el contacto de otros labios y otras manos que no fueran las tuyas. En ese instante acababa todo, con el lógico disgusto del tipo, como ya puedes suponer.

Dan Larson, con un brillo de emoción en los ojos, alzó su mano y acarició la suave mejilla femenina, húmeda de lágrimas.

—Jill, cariño...

Ella le cogió la mano y la besó.

—Perdóname por haber dicho una mentira tan cruel, Dan. Pero me habías hecho sufrir tanto, que...

—No importa, Jill. Nos seguimos queriendo y estamos otra vez juntos. Eso es lo importante. Eso y que yo me reponga pronto de la paliza que me han dado ese par de bastardos, porque en este estado no puedo hacer el amor. Y tenía tantas ganas...

Jill Monroe volvió a besarle la mano, amorosamente...

—¿Por qué te golpearon, Dan?

—Los envió el tipo que me propuso vender la droga. Quiere que vuelva a trabajar para él. Yo me negué y...

—Entiendo...

—Ya les daré su merecido cuando esté bien.

—Oh, no, Dan... —Se asustó Jill—. Debes olvidarte de ellos.

—¿Olvidarme...?

—Sí.

—Imposible.

—Te lo suplico, Dan.

—Se ensañaron conmigo, Jill. Uno de ellos me propinó un tremendo rodillazo en los genitales. Caí al suelo rabiando de dolor. Entonces, los dos me dieron patadas hasta que se hartaron. Espalda, rodillas, riñones, estómago. Todo me duele. Y, más que nada, lo que tengo de hombre. Tardaré varios días en poder demostrar que lo sigo siendo, Jill...

—A mí no me importa, Dan. He pasado año y medio sin eso. Puedo pasar unos días más.

—No pienso perdonárselo, Jill.

—Hazlo por mí, Dan.

—Jill...

—Te metiste una vez en líos, y ya viste lo que sucedió: que acabaste en la cárcel. ¿Quieres volver a ella, Dan?

—No, claro que no.

—Pues olvídate de esos tipos. Y de su jefe. Rehúye todo contacto con ellos. Son mala gente y acaban de darte una prueba de ello.

Dan Larson guardó silencio.

Jill Monroe insistió:

—Prométeme que no los buscarás, Dan.

El expresidiario suspiró:

—Está bien, te lo prometo.

Jill se inclinó y le besó suavemente en los labios.

—Gracias, cariño.

—Ayúdame a ponerme en pie, Jill. Quiero asegurarme de que no tengo ningún hueso roto.

—Agárrate a mi cuello, Dan.

Con la ayuda de su novia, el expresidiario consiguió ponerse en pie, pero se hubiera derrumbado al instante, de no sostenerle ella.

—Te llevaré a la cama. Dan.

—Sí, por favor. Hubiera preferido llevarte yo a ti, pero...

—Ya me llevarás, no seas impaciente —sonrió Jill.

—¿Que no sea impaciente después de dieciocho meses de no...?

—Dieciocho meses y un día...

Jill Monroe dijo esto con un gesto tan simpático y malicioso a la vez, que Dan Larson, pese a lo dolorido que estaba, se echó a reír, y su novia no tardó en unirse a la risa.

CAPÍTULO IV

El Zorro Azul era un club nocturno que producía unos beneficios nada despreciables, pero Bruno Hyland, su propietario, no lo mantenía por eso, sino porque le servía para justificar los ingresos, mucho más cuantiosos, que obtenía en sus otros dos negocios: drogas y prostitución.

Bruno Hyland contaba sólo treinta y cinco años de edad y era un tipo alto y musculoso, no mal parecido. Y como además vestía con exquisita elegancia, tenía bastante éxito con las mujeres.

Bruno se encontraba en su despacho, cómodamente arrellenado en su sillón, tras su mesa. En su boca, un cigarro de la mejor calidad, despidiendo una columnita de humo blanquecino que se elevaba hacia el techo.

Llevaba algunos minutos pensando en Dan Larson, el joven que fuera atrapado por la policía y condenado a dos años de cárcel, pena rebajada luego a sólo dieciocho meses por buen comportamiento.

De pronto, llamaron a la puerta.

Bruno Hyland se quitó el puro de la boca y autorizó:

—Adelante.

La puerta se abrió y dos de sus hombres penetraron en el despacho: Max Gruber y Eddy Rawlins.

Al ver que volvían solos, y que el segundo lucía un considerable moretón en la quijada, Bruno Hyland frunció el ceño e inquirió:

—¿Dónde está Larson?

—En su casa —respondió Max *Cara de Ladrillo*.

—¿No le dijisteis que quiero verle...?

—Claro que se lo dijimos...

—¿Y...?

—El tipo no quiere verte a ti, Bruno —informó Eddy *Cara de buzón*.

—¿Por qué?

—Los dieciocho meses de cárcel le han sentado muy mal.

—Eso ya lo supongo, porque la cárcel no le sienta bien a nadie —rezongó Hyland—. Pero...

—Será mejor que te olvides de Larson, Bruno —aconsejó Max—. No quiere volver a trabajar para ti.

—¿Os lo ha dicho él?

—Sí.

—¿Así de claro?

—Más todavía, puesto que te mandó al diablo.

La cara de Bruno Hyland empezó a ponerse roja.

—¿Que me mandó, dónde...?

—Al diablo, Bruno —repitió Max—. Pero no te preocupes, Eddy y yo le dimos una buena paliza, de tu parte —hizo saber con una sonrisa.

El propietario del Zorro Azul entrecerró los ojos, como si le molestara el humo del puro, aunque no era así.

—¿Lo golpeasteis?

—Hasta que nos cansamos. ¿No es cierto, Eddy?

—Sí, Bruno. A mí todavía me duelen los pies, de tanto patadón como le di. Me hizo escupir un diente, de un trallazo, el muy bastardo. Por eso le sacudí con tantas ganas.

Bruno Hyland dejó el cigarro en el cenicero y se puso lentamente en pie. Luego, rodeó la mesa y se puso delante de la pareja de matones, muy cerca de ellos.

—De modo que os despachasteis a gusto con Dan Larson, ¿eh?

—Sí, Bruno —cabeceó Max *Cara de Ladrillo*—. Tardará por lo menos una semana en poder salir de casa.

—Una semana...

—O más —dijo Eddy *Cara de Buzón*, sonriente.

El puño derecho de Bruno Hyland se disparó de pronto, como un látigo, y se estrelló en la mandíbula de Eddy Rawlins, el cual se vino abajo de manera fulminante.

Max Gruber no tuvo tiempo de preguntar qué mosca le había picado al propietario de El Zorro Azul, porque recibió un zurdazo en el pómulo y también él dio con sus huesos en el suelo.

Eddy, de bruces sobre la moqueta, notó algo suelto dentro de la boca, y se apresuró a escupirlo.

Era un diente.

—Pues sí que llevo una buena racha... —rezongó.

Max sacudió la cabeza, porque Bruno Hyland golpeaba con la dureza de un martillo pitón, y el castañazo le había dejado un poco atontado. Después de tocarse el pómulo, que ya se le estaba hinchando, preguntó:

—¿Por qué nos has atizado, Bruno...?

Hyland lo miró duramente.

—¿Os dije yo que golpearais a Dan Larson, estúpidos?

—Te mandó al diablo, Bruno... —recordó Max.

—Y dijo que no le gustaban nuestras caras... —agregó Eddy, sentado en el suelo, como su compañero.

—A mí tampoco me gustan, pero os aguanto —barbotó Hyland—. Y os aguanto porque sois fieles y obedientes. Hoy, sin embargo, habéis actuado por vuestra cuenta, y eso no lo tolero.

—¿Te ha sabido mal que golpeásemos a Dan Larson? —preguntó Max.

—Sí, muy mal, porque ahora no querrá trabajar de nuevo para mí.

—Ni antes de sacudirle tampoco, ya te lo dijimos —rezongó Eddy.

—Yo le hubiera convencido, lo sé.

—Te aseguro que no, Bruno —dijo Max, sacudiendo el cabezón—. Ha salido muy escocido de la cárcel, y no arriesgará de nuevo su libertad por nada del mundo.

—La arriesgará por dinero, como la otra vez.

—Lo dudo —dijo Eddy.

Bruno Hyland los amenazó a los dos con el puño.

—¿Queréis que os sacuda otra vez?

—No, Bruno —rogó Max, rozándose de nuevo el pómulo castigado con las yemas de los dedos.

—Que un puñetazo de los tuyos vale por tres —rezongó Eddy, moviendo la mandíbula con dificultad.

—¡Pues no me llevéis la contraria, maldita sea! —rugió Hyland.

Max *Cara de Ladrillo* y Eddy *Cara de Buzón* no volvieron a abrir la boca.

Bruno Hyland echó a andar hacia la puerta del despacho.

Max Gruber se atrevió a preguntar:

—¿Adónde vas, Bruno?

—¡A hablar con Dan Larson! —respondió el propietario de El Zorro Azul, y salió de su despacho, cerrando de un portazo.

CAPÍTULO V

Aun con la ayuda de Jill Monroe, a Dan Larson le costó un gran esfuerzo llegar hasta su cama, y en un par de ocasiones estuvo a punto de derrumbarse, porque las piernas se le doblaban y la vista se le nublaba.

Cuando por fin la alcanzó y se dejó caer en ella, el expresidiario respiró profundamente.

—Lo logré, Jill.

—¿Tienes botiquín, Dan? —preguntó la joven.

—Sí, en el armario del cuarto de baño hay uno, si no recuerdo mal.

—Voy a por él.

Jill salió de la habitación, regresando casi al momento con el botiquín, el cual dejó sobre la mesilla de noche.

—Te quitaré la ropa, Dan —dijo.

—¿Por qué no te la quitas tú primero? Así, al menos, me alegraré la vista —repuso él, con una ligera sonrisa.

—No te conviene —sonrió también Jill, maliciosamente.

—¿Por qué? —preguntó Dan.

—Tu masculinidad podría despertar y te haría ver las estrellas.

—Sí, es verdad: me había olvidado del rodillazo que me dieron ahí —rezongó Dan.

Jill le quitó las zapatillas de deporte, el pantalón y la camiseta, dejándolo en *slip*.

Al contemplar las señales que los pies de la pareja de gorilas habían dejado en el tórax de su novio, la joven sintió deseos de llorar.

—Dios mío, Dan... —musitó quedamente.

—Se ensañaron conmigo, ya te lo dije —masculló Dan.

—Creo que debería visitarte un médico.

—No, nada de médicos. Tendría que dar explicaciones, y no me

conviene.

—Puedes tener alguna lesión interna.

—No creo.

—¿Y si las costillas...? ¿No tendrás alguna rota?

—Si la tuviera, no me dejaría respirar, y lo hago con bastante normalidad. Me duelen, claro, como todo lo demás, pero no porque tenga alguna rota, sino por los golpes recibidos en ellas. Linimento y reposo. Sólo necesito esas dos cosas. Y tu compañía, que es el mejor de los bálsamos —sonrió Dan.

Jill exhaló un suspiro.

—De acuerdo, te atenderé lo mejor que pueda —dijo, y puso manos a la obra.

Primero atendió las heridas y las contusiones del rostro de su novio, colocándole luego unas tiritas en los cortes. Luego, se ocupó de los golpes en el pecho y espalda.

Mientras atendía su tórax, él alzó la mano y la puso en el trasero de ella, oprimiéndoselo con suavidad.

Jill dio un gritito y se irguió.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dan, extrañado.

—Me duele —rezongó ella.

—¿El trasero?

—¿Has olvidado ya que cargaste contra la puerta de mi apartamento como un búfalo rabioso, y me tiraste al suelo?

—Lo siento.

Ella sonrió.

—No lo sientas, porque me cobré la caída arreándote un buen mordisco en la mano.

Dan la miró.

—Todavía tengo la marca de los dientes.

—A ver... ¡Cielos, es verdad!

—Me mordiste con muchas ganas.

—Perdóname, Dan —suplicó Jill, apenada.

—No, no te perdono.

—Por favor... —Jill le cubrió la mano de besitos.

—Bueno, te perdonaré si me dejas que te muerda yo a ti —dijo el zorro de Dan.

Jill dejó de besarle la mano y le miró.

—¿Dónde?

—Eso es cosa mía.

—¿Me harás mucho daño?

—Tú sabes que no.

Jill sonrió deliciosamente.

—De acuerdo, muérdeme.

—Acércate —indicó Dan.

Jill obedeció.

Dan le desabotonó la blusa y se la abrió, dejando al descubierto sus hermosos senos, brevemente cubiertos por el sujetador blanco y semitransparente.

Se los contempló unos segundos, con admiración, y luego buscó la mirada de la novia.

No fue necesario que dijera nada.

Jill se inclinó sobre él, dejando sus senos muy cerca de su rostro.

Dan levantó ligeramente la cabeza y besó los firmes y cálidos pechos de su novia, antes de hincar sus dientes en uno de ellos.

—¡Ay!

No, no fue Jill quien gritó, porque el mordisquito fue de lo más suave y delicado, y la joven no sintió ningún dolor, solo placer.

Era Dan quién se había quejado.

Besar los turgentes senos de su novia le había excitado y...

Jill, adivinando lo qué sucedía, se irguió y empezó a abotonarse la blusa.

—No fue buena idea, cariño.

—Maldito sea mil veces el tipo que... —masculló el expresidiario, apretando los ojos y los puños.

Jill sonrió.

—Relájate, cariño. Voy a seguir con la cura.

CAPÍTULO VI

Dan Larson se había dormido ya.

Profundamente.

Jill Monroe lo cubrió con la sábana hasta la mitad del pecho y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Descansa, amor mío... —dijo, y apagó la luz, saliendo seguidamente de la habitación, cuya puerta dejó entornada.

Dio un vistazo al piso.

—Cómo está esto de polvo, Dios mío —suspiró.

Jill, que no tenía nada de perezosa, decidió limpiar el piso de arriba abajo. Y, para no mancharse la ropa de polvo, nada mejor que quitársela.

Pensado y hecho.

En braguitas y sostén inició la operación limpieza.

Llevaba ya algunos minutos quitando polvo, cuando la puerta se abrió.

Como fue con cautela y sin ningún ruido, Jill no se percató de ello, y siguió limpia que te limpia, con aquélla indumentaria tan breve y tan tentadora.

Cuando la joven vino a darse cuenta, el tipo ya se había colocado silenciosamente en el piso y, desde la puerta, cerrada de nuevo, la observaba fijamente, con una socarrona sonrisa en los labios, como diciendo: «Estás como quieres, muñeca».

Jill dio un respingo, perdiendo el trapo con el que estaba limpiando el polvo, y corrió a ponerse la blusa, que la cubrió hasta el nacimiento de los muslos.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó, la cara tan roja como su blusa, que ella se estiraba con las dos manos, para que no se le viera el pantaloncito.

—Me llamo Bruno; Bruno Hyland —se presentó el apuesto y elegante propietario de El Zorro Azul, quien seguía sonriendo

socarronamente—. ¿Y tú, preciosa...?

—Jill Monroe.

—Encantado de conocerte, Jill.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Por qué?

—Entró usted sin llamar.

—Porque pensé que Dan Larson estaría solo, y como sé que le han dado una paliza...

—¿Lo sabe...?

—Sí.

Jill volvió a respingar.

—¡Ya sé quién es usted, Bruno Hyland!

—¿De veras?

—El tipo que mandó a los dos matones que golpearon a Dan!

Hyland asintió con la cabeza.

—Sí, yo los mandé. Pero no para que golpearan a Dan, sino simplemente para que le dijeran que deseaba hablar con él.

—¡Casi lo mataron a golpes!

Bruno Hyland, que ya no sonreía, dijo:

—Se ensañaron con él, lo sé. Por eso estoy aquí. Quiero ver personalmente lo que ese par de bestias le hicieron. Por si te sirve de consuelo, Jill, te diré que yo también les sacudí duro a ellos, cuando me dijeron que le habían dado una paliza a Dan.

Jill Monroe quedó un tanto desconcertada.

—¿Es eso cierto, señor Hyland?

—Sí.

Jill guardó silencio.

Bruno Hyland preguntó:

—¿Eres amiga de Dan, Jill?

—Soy su novia.

—Su novia...

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Casi tres años.

—Dan nunca me dijo que tuviese novia.

—Pues la tenía.

—Alabo su buen gusto.

Jill se estiró la blusa.

—No me mire las piernas, ¿quiere? —Gruñó.

—Disculpa, pero las tienes, tan bonitas... —carraspeó Hyland alzando la mirada.

Hubo unos segundos de silencio.

Bruno Hyland rogó:

—¿Me dejas que vea a Dan, Jill?

—Se ha dormido.

—No le despertaré, no temas.

—Está bien, venga.

—Gracias.

Jill abrió la puerta de la habitación y encendió la luz.

—Ahí lo tiene —dijo.

Hyland apretó los puños.

—Salvajes...

—Casi lo mataron, ya se lo dije...

—¿Le ha atendido un médico?

—No, le atendí yo. Dan no quiso que lo llamara.

—Comprendo.

Jill apagó la luz y entornó la puerta.

—Es mejor que se marche, señor Hyland —dijo.

—Sí, creo que sí. Pero volveré mañana.

—No —prohibió la joven—. Ni mañana ni nunca.

Las pupilas de Bruno Hyland emitieron un destello porque él estaba poco acostumbrado a que le prohibieran cosas.

—Tengo que hablar con Dan, Jill.

—El no quiere hablar con usted, señor Hyland.

—Deseo ayudar a Dan.

—Ya le ayudó una vez y eso le costó dieciocho meses de cárcel.

—Tuvo mala suerte, Jill.

—Sí, ya lo creo que la tuvo. La mala suerte de conocerle a usted.

Las pupilas de Bruno Hyland despidieron de nuevo un destello, pero supo controlarse perfectamente, como la otra vez.

—No digas eso, por favor. Mi intención es buena.

—Oh, sí, muy buena —repuso Jill, sarcástica.

—Dan necesitaba dinero, y yo le ofrecí la manera de obtenerlo con facilidad.

—Vendiendo droga, ¿eh?

—Sí.

—Eso es un delito.

—Dan ya lo sabía cuándo aceptó.

—No volverá a cometer el mismo error.

—¿Ya no necesita dinero?

—Sí, claro que lo necesita. Pero lo obtendrá honradamente, no vendiendo droga.

Hyland compuso una mueca harto expresiva.

—Le será difícil, Jill.

—¿Por qué?

—Es un expresidiario, y eso...

—No mató a nadie. Ni robó. Ni violó a una muchacha indefensa. Sólo vendió droga porque necesitaba dinero.

—No deja de ser un delito. Y el año y medio de cárcel, una mancha que no se borra fácilmente.

Jill apretó los dientes.

—Dan borrará la suya, no se preocupe.

—Lo dudo, aunque confieso que yo me alegraría infinitamente.

—No me diga.

—Le tengo aprecio a Dan, Jill. Y le estoy agradecido, porque pudo haberme creado problemas, cuando le detuvieron, y no lo hizo.

—Demuéstrele su aprecio y su agradecimiento olvidándose de él, señor Hyland.

El propietario de El Zorro Azul sonrió levemente.

—Muy bien, Jill. Si eso es lo que desea Dan...

—Lo deseamos los dos.

Bruno Hyland se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y extrajo su cartera, la cual abrió, mostrando un buen número de billetes.

Y todos ellos de cien.

Contó cinco de ellos y se los ofreció a la novia del expresidiario.

—Dáselos a Dan, Jill.

—Son quinientos dólares... —murmuró la joven, visiblemente sorprendida.

—Cuando necesite más, que venga a verme al club. Se los daré gustosamente.

Jill entornó los ojos.

—¿A cambio de qué?

—De nada.

—Nadie da nada por nada.

—Una persona agradecida, sí.

Jill Monroe movió la cabeza.

—No, señor Hyland. Puede guardarse su dinero.

—No seas tonta y tómallo. Sé que a Dan le vendrán de perillas.

—Saldrá adelante sin su ayuda.

Bruno Hyland la miró con fijeza.

—Tienes mucho orgullo, Jill.

—Es uno de mis defectos.

—De tus virtudes, querrás decir.

—Buenas noches, señor Hyland.

—Una manera muy cortés de echarme.

—Lo siento, pero tengo que seguir limpiando el piso.

—En braguitas y sostén.

Jill enrojeció sensiblemente.

—¡En lo que me da la gana, señor Hyland! —replicó, furiosa.

—Eres muy dueña, es cierto.

—¡Adiós, señor Hyland!

—Adiós, no, preciosa. Hasta pronto —repuso el dueño de El Zorro Azul, con irónica sonrisa, y abandonó el piso de Dan Larson, dejando muy preocupada a Jill Monroe.

Más tarde se demostraría que la novia del expresidiario tenía motivos para sentirse preocupada.

CAPÍTULO VII

Dan Larson abrió los ojos.

La claridad del día se filtraba ya por la entornada ventana.

El expresidiario buscó a Jill Monroe con la mirada.

Había dormido con él, pero ya había abandonado la cama.

Dan escuchó leves ruidos fuera de la habitación.

Se alegró, porque eso significaba que su novia seguía en el piso.

La llamó.

—¡Jill!

—¡Voy, cariño! —le respondió ella.

Un instante después, Jill Monroe entraba en la habitación, completamente vestida y arreglada.

—¿Cómo te sientes, Dan? —preguntó sentándose en la cama y tomándole una mano entre las suyas.

—Bastante bien —respondió él—. Pero me sentiré mejor si me das un beso —añadió muy cucamente.

Jill se inclinó y se lo dio.

Dan le puso la mano que tenía libre en la nuca y presionó ligeramente, al tiempo que mordía con suavidad los carnosos labios de su novia.

Jill empujó hacia arriba con la cabeza, logrando separar su boca de la de él.

—Tranquilo, Dan, o volverás a ver las estrellas —dijo, maliciosamente.

—¿Por un beso?

—Se estaba tornando muy excitante.

—Estoy mejorado del todo, no te preocupes.

—No sabes cuánto me alegro.

—¿Qué hora es, Jill?

—Casi las once.

—¿Tan tarde...?

—Sí.

—¿Y qué haces tú aquí?

—¿Cómo que qué hago yo aquí?

—Es viernes, ¿no?

—Sí.

—Deberías estar trabajando...

—El lunes, cuando vaya a la oficina, diré que hoy no fui porque me sentía indispuesta.

—Eso no está bien, Jill.

—Ya sé que no, pero, para mí, tú eres más importante que nada. Necesitabas cuidados, y sólo yo puedo cuidarte. Es mi deber, además.

Dan sonrió ligeramente.

—Te lo agradezco mucho, Jill.

—¿No harías tú lo mismo por mí?

—Seguro.

—Si hasta vendiste droga...

—Tienes razón —rió Dan.

Jill rió también y luego preguntó:

—¿Cómo estás de apetito, Dan?

—Me comería un caimán.

—¡Huy!, con lo duros que están los caimanes —volvió a reír la joven.

—A otras cosas más blandas y apetitosas les hincaría yo el diente, si ya no me doliera lo que yo sé —repuso Dan, posando la mirada en los erguidos senos de su novia.

Jill brincó de la cama, exclamando:

—¡Me asustas, Dan!

—En cuanto pueda, voy a devorarte.

—¿Piensas mordérmelo todo?

—Hasta las uñas de los pies.

—Si lo sé no me las pinto.

Dan rió.

—Qué novia tan simpática tengo, Dios.

—Y yo qué novio más caníbal.

—Novio que muerde, no ladra, dice el refrán.

—¡No, ése te lo has inventado tú!

Volviéron a reír los dos alegremente.

Jill dijo:

—Te traeré el desayuno, cariño.

Dan se extrañó.

—No habrá nada de comer en el piso.

—He bajado a la tienda de la esquina y he comprado algunas cosas —explicó ella.

—¿Con tu dinero?

—¿Qué importa de quién fuera? Hacía falta comida y yo la traje.

—Gracias, Jill.

—No seas tonto —sonrió ella, y fue en busca del desayuno, que ya había preparado.

Dan Larson estaba terminando de desayunar, sentado en la cama.

Jill Monroe, a su lado, le miraba fijamente, con una chispa de preocupación en los ojos, que no pasó inadvertida para el expresidiario, quien preguntó:

—¿Ocurre algo, Jill?

—No, nada.

—Te noto preocupada.

—¿De veras?

Dan le cogió la mano y se la oprimió cariñosamente.

—Es inútil que trates de fingir, Jill. Te conozco demasiado bien, y sé que estás preocupada. Dime por qué.

La joven se mordisqueó los labios.

—Anoche, cuando tú ya estabas dormido, vino alguien a verte.

Dan arrugó el ceño.

—¿Quién?

—Bruno Hyland.

Dan respingó levemente.

—¿Bruno Hyland...?

—Sí.

—¿Por qué no me despertaste?

—No lo creí necesario.

—¿No se metió contigo?

—En absoluto.

—¿Qué quería ese maldito?

Jill le refirió su conversación con el propietario de El Zorro Azul, y le contó también que éste le había ofrecido quinientos dólares.

—Hiciste bien en rechazarlos, Jill —dijo Dan.

—Estaba segura de que tú hubieras hecho lo mismo.

—Desde luego. No quiero deberle nada a ese tipo.

—Temo que no te deje en paz, Dan.

—Peor para él. Si vuelve a mandarme a esos dos gorilas, el resultado de la pelea será muy distinto, porque ahora ya sé cómo hay que hacerles frente —masculló el expresidiario.

—Eso es lo malo de tratar con gente así, Dan. Ya no hay manera de librarse de ellos.

—Ya la encontraré, no te preocupes.

Hubo un silencio.

Como Dan no comía, Jill preguntó:

—¿Has terminado ya, Dan?

—Sí, puedes llevarte la bandeja.

Jill se la quitó de encima de las rodillas y la llevó a la cocina, regresando después.

Dan se había tendido de nuevo en la cama, serio y pensativo.

Jill dijo:

—Voy a salir un momento, Dan.

—¿Adónde vas?

—A mi apartamento. Necesito algunas cosas.

—Está bien, pero no tardes.

—Volveré enseguida, no te preocupes —sonrió suavemente Jill, y le besó en los labios.

Dan esta vez no le puso la mano en la nuca ni mordisqueó su cálida y húmeda boca.

Se hallaba demasiado preocupado.

Jill Monroe, con el bolso al hombro, abandonó el piso de su novio, descendió la escalera y salió a la calle.

Para ahorrar tiempo, esperó en la acera a que pasara un taxi libre.

De pronto, un objeto duro y frío presionó en su espalda.

Jill, asustada, giró la cabeza, descubriendo al fornido individuo que estaba tras ella. Tenía la cara larga y plana como un ladrillo, y esgrimía con disimulo una pistola automática.

Era eso lo que presionaba en la espalda de Jill, el cañón del arma.

La joven se puso pálida y empezó a temblar de manera

perceptible.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me amenaza con una pistola? —preguntó con voz balbuceante.

—No hagas preguntas y entra en ese coche —indicó Max Gruber, señalando un «Buick» negro.

Jill no tuvo más remedio que obedecer.

Al volante del «Buick» iba Eddy Rawlins, con su cara de buzón de correos.

Tan pronto como Jill y Max estuvieron sentados en el asiento trasero, Eddy puso en marcha el vehículo.

Jill, que no recobraba el color ni lograba dominar sus temblores, preguntó:

—¿Adónde me llevan?

—Bruno Hyland quiere verte, encanto —respondió Max.

Jill sintió un escalofrío.

—¿Bruno Hyland...?

—Sí, muñeca.

—Entonces..., ¡ustedes son los tipos que golpearon a Dan Larson!

—Los mismos, guapa —asintió Max.

—¡Bestias, más que bestias! ¡Casi lo destrozan a patadas!

—El se lo buscó.

—¡Dan sólo quiere que lo dejen en paz!

—Es un maldito desagradecido. Bruno Hyland sólo quiere ayudarle.

—¡Que le encierren de nuevo en la cárcel, eso es lo que quiere!

—Será mejor que cierres tu linda boquita, primor, o te la cerraré yo de un revés.

—¿También golpean a las mujeres?

—A quien se presente.

—Qué valientes son ustedes.

—¡Silencio he dicho, rubia! —Ladró Gruber, levantando su manaza izquierda.

Jill dio un grito, porque pensó que iba a descargarla sobre su cara.

Por fortuna, sólo fue una amenaza.

Y las amenazas pierden efecto, porque Jill Monroe no volvió a abrir la boca en el resto del trayecto.

Eddy Rawlins detuvo el «Buick» negro en el callejón que había detrás de El Zorro Azul, frente a la puerta de detrás del club.

Max Gruber salió del coche y gruño:

—Abajo, monada.

Jill Monroe descendió del automóvil.

Eddy *Cara de Buzón* también saltó al suelo.

Max *Cara de Ladrillo*, siempre con la pistola en la diestra, abrió la puerta del club y ordenó:

—Adentro, bombón.

Jill entró en el club, seguida de la pareja de matones.

Éstos la llevaron al despacho de Bruno Hyland, quien se hallaba repantigado en su sillón, en mangas de camisa y consumiendo uno de sus magníficos cigarros.

—¡Caramba, qué pequeño es el mundo! —exclamó el propietario de El Zorro Azul, al ver entrar a la novia de Dan Larson.

Jill lo fulminó con la mirada.

—¿Quiere decirme qué diablos significa esto, señor Hyland?

—¿El qué, preciosa?

—Sus gorilas me han traído aquí a punta de pistola.

—¿En serio...?

—¿Qué le parece que tiene éste en la mano, un tirachinas...? —Gruñó Jill, señalando la pistola de Max Gruber.

—Guarda eso, imbécil —ordenó Bruce a Max—. ¿No ves que estás asustando a la chica?

Cara de Ladrillo se apresuró a guardar el arma.

—¿Satisfecha, Jill? —sonrió Hyland.

—No.

—¿Qué más quieres?

—Salir de aquí.

—¿No te sientes a gusto en mi despacho?

—Me siento secuestrada.

—Qué expresión tan fea.

—Sus gorilas sí que son feos. ¿De qué zoológico los sacó? Hyland rió el chiste de la joven.

Max y Eddy, no, claro; a ellos no les había hecho ninguna gracia.

Hyland preguntó:

—¿Quieres que se marchen, Jill?

—La que quiero marchar soy yo —repuso la muchacha.

—Después, preciosa.

—¿Después de qué?

—De que hayas limpiado mi despacho.

La joven pestañeó.

—¿De que haya qué...?

—Limpiado mi despacho —repitió Hyland, con irónica sonrisa, y le dio una chupada al puro.

Jill enrojeció de cólera.

—¡El despacho se lo limpiará su abuela, señor Hyland!

—Anoche estabas limpiando el piso de Dan Larson...

—¡Dan es mi novio!

—Y yo soy el jefe de tu novio.

—¡Lo era!

—Y lo volveré a ser dentro de muy poco.

—¡No suene despierto, señor Hyland!

—Tú convencerás a Dan de que vuelva a trabajar para mí.

—¿Que yo...?

—Sí.

—¡No me haga reír, que tengo el labio partido!

Bruno Hyland, tranquilamente, abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo un trapo amarillo, el cual arrojó a los pies de Jill Monroe.

—Empieza a quitar el polvo, preciosa.

—¡No! —negó ella alzándose de hombros.

—¿Prefieres que ordene a Max y Eddy que te convenzan a su manera? —amenazó Hyland.

Los ojos de Jill llamearon de furia.

Con los puños rabiosamente apretados, gruñó:

—¡Es usted un...!

—Empieza a limpiar, Jill.

La joven, que no tenía la menor duda de que los matones de Bruno Hyland la golpearían si no hacía lo que éste le ordenaba, se agachó, recogió el trapo y se dispuso a obedecer.

—Así no, Jill —dijo Hyland.

La muchacha le miró.

—¿Así no qué?

—Quiero que limpies mi despacho como limpiaste el piso de tu

novio: en braguitas y sostén.

Jill enrojeció más intensamente.

—¡Por ahí sí que no paso, señor Hyland!

—Estabas muy mona así, Jill. Vamos, quítate la blusa y la falda.

—¡He dicho que no!

—¿Prefieres que te la quiten Max y Eddy? —amenazó Hyland.

Jill miró fijamente a la pareja de gorilas, y mostrándole las uñas, advirtió:

—¡Si se atreven a tocarme, les saco los ojos a los dos! Bruno Hyland rió.

Segundos después, ordenaba:

—Desnudadla, muchachos.

CAPÍTULO VIII

Dan Larson se hallaba mucho más preocupado ahora que cuando Jill Monroe le dejó solo en su piso.

La razón no era otra que la excesiva tardanza de su novia.

Jill le había dicho que volvería enseguida y hacía más de hora y media que se había marchado.

El expresidiario estaba pensando ya en levantarse de la cama, vestirse, e ir en busca de su novia, si es que las fuerzas no le fallaban, cuando oyó que la puerta se abría.

—¿Jill...? —exclamó, irguiendo su contusionado torso, que acusó la brusquedad del movimiento, obligándole a ahogar un gemido de dolor.

—Sí, yo soy —respondió la joven, con voz ligeramente ronca, como si de pronto hubiese pillado un catarro.

Dan Larson empezó a sospechar que a su novia le había sucedido algo, y sus sospechas se confirmaron cuando la vio asomar en la puerta de la habitación, portando un fin de semana en la mano derecha.

Jill Monroe, además de una expresión muy triste, tenía los ojos enrojecidos y algo hinchados, prueba inequívoca de que había llorado recientemente, y sus mejillas estaban faltas de color.

—Jill... —susurró Dan.

—¡Dan...! —exclamó ella, dejando el fin de semana en el suelo y corriendo hacia su novio, al tiempo que rompía en amargos sollozos.

El expresidiario la recibió en sus brazos, y aunque sintió dolor cuando ella se apretó contra su pecho, lo resistió y la estrechó contra sí.

—Jill, cariño...

—¡Ha sido horrible, Dan!

—Tranquilízate y cuéntame lo que te ha pasado.

—¡Los gorilas de Bruno Hyland me estaban esperando abajo!

—Oh, no... —musitó roncamente Dan, sintiendo que se le erizaba la piel.

—¡Me obligaron a subir al coche y me llevaron al despacho de Hyland, amenazándome con una pistola!

—¿Qué te hizo ese cerdo de Bruno, Jill?

La joven se separó ligeramente de él y le miró a los ojos, los de ella anegados en lágrimas.

—Antes no te lo conté todo, Dan.

—¿No?

—Anoche, cuando Bruno Hyland vino a verte, me sorprendió limpiando el piso, en braguitas y sostén. Me había quitado la blusa y la falda para no mancharla de polvo. Y como Hyland entró sin llamar...

Dan apretó las mandíbulas.

—¿Qué pasó, Jill?

—Anoche, nada. Yo me puse la blusa en cuanto le vi, y él no intentó abusar de mí. Se limitó a mirarme las piernas.

—¿Y hoy?

A Jill Monroe se le escapó un sollozo.

—Hoy fue distinto, Dan.

El expresidiario empezó a temerse lo peor.

—¿Abusó de ti, Jill?

—No, gracias a Dios. Pero me humilló, Dan. Me ordenó que le limpiara el despacho.

—¿Que le limpiaras el...?

—Sí, Dan. Yo me negué rotundamente, pero él dijo que si no lo hacía, Max y Eddy me convencerían a su manera. Tuve miedo y me dispuse a obedecer. Entonces, vino lo peor...

—Sigue, Jill. ¿Qué pasó?

—Hyland quería que le limpiara su despacho en ropa interior, como en tu piso.

—Canalla... —masculló Dan, tenso de cólera.

—Me negué. Pero él lanzó sus gorilas contra mí. Me defendí con uñas y dientes, pero no pude evitar que me despojara de la blusa y la falda.

—Bastardos...

—Como seguí negándome a limpiar su despacho así, en

braguitas y sujetador, Bruno Hyland me amenazó con ordenar a sus hombres que me arrancaran la ropa interior.

—Hijo de perra...

—Tuve que hacerlo, Dan, porque sabía que Hyland no amenazaba en broma. Y si Max y Eddy me dejaban completamente desnuda... Tuve miedo de que entonces sucediera lo peor, por eso accedí a limpiarle el despacho.

—¿Te molestaron mientras lo hacías?

—No, sólo me miraban. Suciamente, eso sí. De manera especial Max y Eddy. Estaban deseando que Hyland les ordenara toquetearme un poco, para cobrarse los arañazos y los mordiscos que les di, cuando me quitaron la blusa y la falda. Afortunadamente, Hyland no ordenó tal cosa.

—¿Y después...?

—Hyland me ordenó que me vistiera y, mientras lo hacía, me pidió que te convenciera de que debes volver a trabajar para él, porque, si no lo haces, Max y Eddy volverán a atraparme y entonces no será para llevarme a su despacho y quitarle el polvo a los muebles en ropa interior, sino para violarme los dos, salvajemente, en cualquier lugar solitario. ¡Y son capaces de hacerlo, Dan, tú lo sabes! —Rompió nuevamente en sollozos la joven, abrazándose otra vez a su novio.

Dan reprimió un gemido de dolor, porque las punzadas que sintió en las magulladas costillas fueron muy agudas, pero no por ello dejó de estrechar con cariño el tembloroso cuerpo de su novia.

—Serénate, Jill.

—¡Estoy aterrada, Dan!

—No dejaré que ese par de bestias te atrapen de nuevo, te lo prometo. Antes los mato a los dos.

—¡No, Dan, eso no! ¡Si los matas, irás otra vez a la cárcel, y será por mucho tiempo!

—No me importa.

—¡Piensa en mí, Dan!

—En ti estoy pensando, Jill. Si para seguir en libertad, tengo que consentir que ese par de hienas te violen en cualquier almacén abandonado, prefiero mil veces cargármelos a los dos y volver a la cárcel.

Jill sacudió la cabeza.

—¡Tiene que haber otra solución, Dan!

—Trabajar de nuevo para Hyland —repuso el expresidiario.

—¡No, eso no!

—No quedan más alternativas, Jill.

—¿Y si hablaras con la policía?

—¿Yo, un expresidiario...?

—Tú ya pagaste tu culpa, Dan. Ahora eres un ciudadano normal, tienes los mismos derechos que los demás...

Dan Larson sonrió tristemente.

—En teoría, sí; pero en la práctica...

—¡Dios, Dios! —sollozó Jill, descansando de nuevo su cabeza contra el pecho de su novio.

Dan le acarició el dorado cabello.

—No llores más, Jill.

—No puedo evitarlo. Dan.

—Tienes que hacer algo, ¿sabes?

—¿Yo?

—Sí. Y cuanto antes.

Jill levantó la cabeza y le miró.

—¿Qué tengo que hacer, Dan?

—Bajar a la tienda de la esquina y comprar todo lo necesario para no tener que salir a la calle hasta el lunes. Para entonces, yo ya estaré totalmente recuperado de los golpes y podré defenderte de los matones de Hyland, si intentan algo contra ti. Te acompañaré a la oficina y más tarde iré a recogerte. Ese día, y todos los que haga falta.

—Muy bien, Dan.

—En el bolsillo del pantalón tengo algún dinero, cógelo.

—Yo también tengo.

—Coge el mío, es una orden.

Jill sonrió.

—De acuerdo, Dan.

—Y no te olvides de cerrar con llave cuando vuelvas. Podríamos tener visita, antes del lunes.

Jill se estremeció.

—No me olvidaré, Dan.

—Vamos, date prisa —apremió el expresidiario.

Jill tornó el dinero y salió corriendo de la habitación.

CAPÍTULO IX

Sábado noche.

Dan Larson y Jill Monroe se habían acostado ya.

Dormían.

Para otras cosas, el expresidiario todavía no se hallaba en condiciones.

Pero casi.

Tanto es así, que ya le había anunciado a su novia que por la mañana, cuando se despertase, iba a hacerle el amor.

Y Jill no dudaba de que así sería, porque Dan ya le prodigaba las caricias por todo el cuerpo, sin apenas quejarse, prueba evidente de que la «cosa» mejoraba rápidamente.

Por hallarse dormidos, no oyeron que alguien hurgaba en la cerradura de la puerta del piso, cerrada con llave.

Tan sólo un minuto después, la ganzúa lograba su propósito y la puerta se abría silenciosamente, dando paso a dos viejos conocidos de Dan Larson.

Sí.

Allí estaban Max Gruber y Eddy Rawlins.

Enviados por Bruno Hyland.

Con una misión especial.

Pero que muy especial.

Después de cerrar la puerta, tan silenciosamente como la abrieran, los dos matones caminaron con sigilo hacia la habitación del expresidiario.

La puerta permanecía entornada.

Max *Cara de Ladrillo* la empujó con suavidad y él y Eddy *Cara de Buzón* penetraron en la habitación.

Max buscó el interruptor de la luz y lo accionó.

Dan y Jill siguieron dormidos.

Max y Eddy los contemplaron, pero más a la novia del

expresidiario, que llevaba puesto un camisón color miel, tan fino, que se le transparentaba todo.

Y, como la sábana sólo los cubría a los dos hasta la cintura, Max y Eddy pudieron deleitarse contemplando los bellos senos de Jill, que subían y bajaban al compás de su reposada respiración, porque la muchacha dormía boca arriba.

Max desenganchó la sábana con cuidado, la levantó un palmo, e hizo cosquillas en la planta del pie derecho de Jill.

La joven encogió la pierna y emitió un débil ronroneo, pero no se despertó.

Max y Eddy contuvieron la risa.

El primero toqueteó de nuevo la planta del pie de la muchacha.

Jill encogió más la pierna, y esta vez sí se despertó.

Al abrir los ojos, y descubrir a los gorilas de Bruno Hyland, a los mismos pies de la cama, pegó un chillido de terror.

El grito despertó a Dan Larson, quien quedó paralizado por la sorpresa.

Max Gruber y Eddy Rawlins se echaron a reír, al ver las caras que ponían el expresidiario y su novia.

Jill, que no ignoraba que se le clareaban los pechos con todo detalle, se cubrió con la sábana hasta el cuello, y eso hizo que las risas de los matones sonaran con más fuerza.

Dan, con el torso desnudo y las mandíbulas encajadas, preguntó:

—¿Cómo habéis entrado?

—Por la puerta, naturalmente —respondió Max.

—Estaba cerrada con llave.

—Eddy es un maestro con la ganzúa.

—Y que lo digas —cabeceó Cara de Buzón.

—¿Qué queréis? —interrogó Dan.

—El jefe quiere saber cómo te encuentras —respondió Cara de Ladrillo.

—Me voy recuperando.

—Se alegrará cuando se lo digamos.

—Ya tardáis.

—Bruno también quiere saber otra cosa, Dan —dijo Eddy.

—¿Qué?

—¿Vas a trabajar de nuevo para él?

—No.

Eddy Rawlins y Max Gruber se miraron sorprendidos. El segundo preguntó:

—¿Es que no te contó tu novia lo que...?

—Me lo contó.

—¿Y no te importa lo que le pueda pasar?

—No le pasará nada.

—Crees que la cosa va de broma, ¿eh?

—Marchaos. Y decidle a Bruno Hyland que, si le pasa algo a Jill, iré en su busca y lo mataré.

Max lanzó una risotada.

—¿Estás oyendo, Eddy...? ¡Ahora resulta que es Dan quien amenaza al jefe!

—Está loco —rió también Cara de Buzón, mostrando los dos huecos que ofrecía su dentadura.

Cara de Ladrillo preguntó:

—¿Qué tal tus genitales, Dan? ¿Los sigues teniendo hinchados y doloridos?

El expresidiario no respondió.

—¿Tú qué crees, Eddy?

—Que sí, porque le diste muy fuerte con la rodilla, y sólo han pasado dos días —repuso Cara de Buzón.

—Entonces, no habrá podido hacer el amor con su novia.

—Seguro que no.

—¿Y no es una pena, con lo rica que está ella?

—Desde luego.

—¿Qué te parece si...?

—Excelente idea.

Max extrajo una moneda del bolsillo de su pantalón y la lanzó al aire, haciéndola girar. La cazó al vuelo con ambas manos y preguntó:

—¿Cara o cruz?

—Cara —eligió Eddy.

Max levantó la mano y dejó visible la moneda.

—Lo siento, Eddy. Ha sido cruz.

—Qué lástima. Me hubiera gustado ser el primero.

—Tendrás que conformarte con ser el segundo. Vigila a Dan mientras yo le doy a su novia lo que él no puede darle, y si tiene fuerzas para levantarse de la cama, atízale duro.

—No creo que pueda levantarse, Max. Dos días es muy poco para recuperarse de una paliza como la que nosotros le dimos.

—Sí, lo mismo pienso yo —rió Cara de Ladrillo, y se acercó a la novia del expresidiario, los ojos brillándole lujuriosamente.

—¡Dan! —chilló Jill, aterrorizada.

—¡No te atrevas a tocarla, Max! —rugió Larson.

El matón hizo caso omiso de las palabras del expresidiario y, tras retirar la sábana de un violento zarpazo, agarró a Jill Monroe y se la echó al hombro, llevándosela fuera de la habitación.

La joven chillaba, pataleaba, y golpeaba con sus puños la dura espalda del gorila, pero con eso no logró nada.

Dan Larson, que se encontraba bastante mejor de lo que los matones de Bruno Hyland pensaban, no había hecho nada por impedir que Max se llevara a Jill porque era consciente de que no podía enfrentarse a los dos al mismo tiempo, pues sus posibilidades de éxito serían nulas.

Peleando con uno primero y con el otro después, la victoria podría sonreírle. Y *tenía* que sonreírle, porque si no, Jill sufriría una doble violación.

Tan pronto como Max Gruber salió de la habitación, Dan Larson saltó de la cama, en *slip*, y se arrojó sobre Eddy Rawlins como un tigre.

El matón, que no esperaba un ataque tan centelleante, no acertó a reaccionar a tiempo, y cuando quiso defenderse, ya se hallaba tendido de espaldas en el suelo y tenía al expresidiario sobre él, «tanteándole» la cara.

¡Y cómo se la tanteó!

Dan Larson parecía una máquina de dar golpes.

Sus puños se elevaban y descendían con tanta rapidez, que parecía que tenía seis, en vez de dos.

La boca de Eddy se llenó de sangre y de dientes sueltos, su tabique nasal se partió por varios sitios, sus pómulos se abrieron como frutas maduras, sus cejas estallaron como dinamitas, cubriéndole de sangre los ojos e impidiéndole ver nada.

El matón perdió el sentido y dejó de sufrir.

Dan Larson se puso en pie de un salto y corrió en busca de Max Gruber.

El gorila había tendido a Jill Monroe en el sofá, le había

arrancado el breve camión, y ya se disponía a arrancarle también el sucinto pantaloncito, sin que los zarpazos que ella le lanzaba sirviesen de nada.

Dan cayó sobre él como una pantera y lo derribó.

Max, perplejo, intentó golpear al expresidiario, pero éste, que era una furia desatada, se le adelantó y le destrozó la boca de un puñetazo.

Cara de Ladrillo lanzó un aullido.

Sí, porque Dan Larson volvió a convertirse en una máquina de repartir golpes, y todos fueron para Max Gruber.

El rostro del matón quedó pronto convertido en una masa deforme y cubierta de sangre.

Dan, que tenía una espina clavada en su cuerpo —el brutal rodillazo que Max le atizara entre los muslos—, se la desclavó y se la clavó al gorila.

Max Gruber aulló como un coyote cuando la rodilla del expresidiario machacó sus genitales, y fue tan insoportable el dolor, que perdió el conocimiento.

Dan se irguió.

Jadeante.

Fatigado.

Los puños manchados de sangre.

De sangre ajena, afortunadamente.

Miró a su novia.

Jill, cubierta sólo con el reducido pantaloncito, saltó del sofá y se abrazó a él, aplastando sus senos contra el pecho masculino.

—¡Dan!

El expresidiario la estrechó con ternura, acariciando la desnuda espalda de su novia.

—Ya pasó todo, cariño.

—¿Eddy...?

—Tan inconsciente como Max.

—¡Pudiste con los dos!

—Sí.

—¡Y sin estar recuperado del todo de la paliza!

—Ni me acordé de eso. Sólo pensaba en ti, y en lo que este par de ratas pensaban hacer contigo.

—¡Gracias a Dios que lo impediste!

—Vamos a vestirnos, Jill. Tengo un plan, y debo llevarlo a la práctica antes de que estos bastardos despierten.

La joven se separó ligeramente de él y lo miró a los ojos.

—¿Qué plan, Dan?

—Te lo explicaré por el camino. Corramos a vestirnos —apremió el expresidiario, tirando de la mano de su novia. Entraron en el dormitorio y tomaron sus ropas.

Apenas un minuto después, los dos estaban vestidos. Salieron de la habitación y abandonaron el piso.

Bajaron rápidamente la escalera.

Al salir a la calle, Dan Larson descubrió el «Buick» negro de Max y Eddy.

—¿Es el coche de los matones? —preguntó a su novia.

—Sí —respondió ella.

—Nos lo llevaremos.

Entraron los dos en él.

Las llaves del motor estaban puestas.

Dan puso el «Buick» en movimiento.

Jill, intrigada, rogó:

—Háblame de tu plan, Dan.

—Iré a ver a Bruno Hyland y le diré que accedo a trabajar de nuevo para él.

—¡Dan! —exclamó Jill, incrédula.

—Escucha...

CAPÍTULO X

El Zorro Azul, por ser sábado, se hallaba al completo.

El público aguardaba con impaciencia la actuación de Diana York, una artista de *streep-tease* realmente sensacional.

Muchos la llamaban ya La Zorra Roja.

Zorra, porque lo era, y mucho; roja, porque tenía el pelo de ese color.

Todo el pelo, según se podía comprobar al final de su número.

Diana York se había metido en el bolsillo al público porque no sólo se desnudaba con movimientos sensuales y excitantes, como toda artista de *streep-tease* que se precie, sino con gracia y picardía.

Y hasta con comicidad, en ocasiones.

Contaba mucho, también, que cada vez que salía a la pista de atracciones realizaba un número distinto, y siempre era una novedad el verla actuar.

El público, expectante, se preguntaba qué número preparado Diana York para aquella noche.

Muy pronto iban a saberlo, porque las luces de la sala se habían apagado ya, encendiéndose en su lugar unos pilotos que emitían una luz roja y suave.

Tres reflectores, situados estratégicamente en el local, iluminaron la circular pista de atracciones.

La orquesta se puso a tocar.

Fue la primera sorpresa para el público, porque aquella música distaba mucho de ser la que habitualmente se escuchaba mientras una artista de *streep-tease* se va despojando de la ropa pieza a pieza.

Más parecía la banda sonora de una película del Oeste.

Incluso sonó una corneta.

Más de un espectador pensó que iba a salir el Séptimo de Caballería, con el general Custer al frente, persiguiendo a un grupo

de apaches.

Y lo pensaron casi todos cuando oyeron el trote de un caballo.

Pero no.

No fue el general Custer quien apareció en la pista, montado a caballo, sino Diana York.

El público rompió a aplaudir, entre sonoras carcajadas, porque, o faltaba caballo, o sobraba mujer.

En realidad, las dos cosas, porque el caballo era un gracioso *poney*, y Diana York, una hembra de categoría, con una tirada de pierna impresionante.

De pierna... y de todo.

Ya se vería, ya, cuando empezase a quitarse cosas.

Diana York dio un par de vueltas por la pista, a lomos del dócil *poney*, entre las risas y los aplausos del respetable, porque la artista no sabía cómo poner las piernas, para que los pies no le tocasen al suelo.

La Zorra Roja se bajó del *poney*.

Bueno, lo que se dice bajar, bajar...

Le bastó con ponerse de pie para que el simpático animal, que tenía un pelaje precioso, siguiese su trote sin ella.

El *poney* abandonó la pista, aplaudido por el público.

Diana York se situó en el mismo centro de la pista, de cara a los espectadores, bien erguida. Separó las piernas y dejó colgar los brazos a lo largo de sus costados, como si fuera un pistolero, presto a tirar de sus revólveres.

De eso precisamente iba vestida Diana, de pistolero.

Sombrero de alas dobladas,...

Chaleco de piel...

Camisa de franela, verde oscuro...

Pañuelo al cuello, azul...

Pantalones tejanos, muy ajustados...

Ancho cinto, repleto de cartuchos...

Un par de pistolas, muy bajas...

Botas, con relucientes espuelas...

No le faltaba detalle.

De pronto, la orquesta enmudeció.

Pero sólo fue un instante.

Al momento, se puso a sonar de nuevo.

La música que se escuchaba ahora pertenecía a la célebre película *Sólo ante el peligro*.

Diana York endureció el gesto, como si fuera Gary Cooper.

Pero nadie la confundió con el famoso y tristemente desaparecido actor, porque a ella le abultaba mucho más la camisa, debido a su condición de mujer.

Y de mujer muy mujer, como muy pronto se vería.

Súbitamente, Diana York movió las manos con rapidez y tiró de sus pistolas, cuyos gatillos accionó.

Sonaron dos estampidos.

Fuertes.

Como si se tratara de cartuchos de verdad.

Aunque no lo eran, Diana había apuntado al techo.

Y de allí, del techo, cayeron dos tórtolas, como abatidas certeramente por los disparos de la artista.

Las carcajadas de los espectadores eran ensordecedoras, y las palmas echaban humo.

Diana York sonrió como solo ella sabía hacerlo y enfundó sus revólveres.

Iba a empezar lo bueno.

La orquesta ya no tocaba la música de la película *Sólo ante el peligro*, sino la que requería un número de *streep-tease*.

La Zorra Roja empezó a moverse en la pista, al compás de la sensual y excitante música.

Se desabrochó el cinto, que dejó caer al suelo, y luego se despojó del sombrero, el cual arrojó al público.

Varios espectadores intentaron hacerse con él, pero fue un tipo alto y espigado, con cara de quinqué, quien consiguió cazarlo al vuelo.

El sujeto, muy contento, se lo encasquetó, provocando las risas del resto de los espectadores, porque así, con el sombrero calado hasta las orejas, aún estaba mucho más feo.

Diana York seguía moviéndose eróticamente por la pista, con su frondosa cabellera rojiza cayendo sobre sus hombros como una cascada.

La artista, que jugueteaba con el pañuelo que acababa de soltarse del cuello, dio la espalda al público.

Los ojos de los espectadores no se posaron en la espalda de

Diana, sino un poco más abajo, porque el ceñido pantalón de la artista de *streeptease* parecía a punto de reventar.

Y reventó.

Pero no por el trasero, sino por los costados, que era donde tenía los cierres relámpago.

Diana los había hecho funcionar, y el pantalón cayó al suelo, dejándola con las piernas al aire.

Aunque eran realmente excepcionales, los espectadores se sintieron un poco defraudados, porque habían creído que eran las nalgas lo que la artista iba a dejar al aire.

La Zorra Roja, como si adivinara el pensamiento del público, se levantó la camisa hasta la cintura y mostró su exuberante trasero, prácticamente desnudo, porque su prenda más íntima, por detrás, era apenas un delgado cordoncito que desaparecía entre sus redondas y macizas nalgas.

Los espectadores rugieron de entusiasmo, y el tipo que tenía cara de quinqué se caló aún más el sombrero de la artista, de puro nerviosismo.

Diana York, tras dedicar unos cuantos movimientos de grupa al público, altamente voluptuoso, se volvió hacia ellos y se despojó del chaleco de piel, procediendo seguidamente a desabotonarse la camisa.

A cada botón que soltaba, aumentaba el ritmo cardíaco de los espectadores.

Ya estaban todos despasados.

Sin embargo, la zorra de Diana no se abría la camisa, aunque en varios momentos pareció que iba a hacerlo.

Cara de Quinqué ya no podía controlar sus nervios, y de un zarpazo se arrancó el sombrero y comenzó a morderlo.

Y no era el único que mordía cosas.

Diana York dio nuevamente la espalda al público, y fue entonces cuando se abrió la camisa de par en par y se la quitó, haciéndola luego girar en el aire, por encima de su cabeza, siempre moviéndose al compás de la música.

De pronto, arrojó la camisa y se volvió de golpe, mostrando sus prodigiosos senos al público, totalmente desnudos.

Los tenía tan descaradamente levantados y puntiagudos, que parecía apuntar a los espectadores con ellos.

Más de uno alzó los brazos, instintivamente.

Bien.

Ya sólo quedaba una prenda por quitar.

La más pequeña.

La que ocultaba lo más tentador.

Lo que estaban ansiando contemplar los espectadores.

¡Que para eso habían pagado, demonio!

Diana York, voluptuosamente, introdujo sus pulgares por debajo de los cordoncitos laterales que sujetaban a sus formidables caderas el breve triángulo de tejido plateado y brillante que cubría su pubis y su sexo.

Parecía que la artista tiraba de ellos hacia abajo, pero la excitante prenda no caía. Daba la impresión de estar pegada a su cuerpo.

Cara de Quinqué ya había roído toda el ala derecha del sombrero, y estaba empezando a atacar el ala izquierda.

Por fin, el triangulito de tejido comenzó a bajar, dejando al descubierto los primeros rizos rojizos.

Pero, bajó tan lentamente, que cuando cayó a los pies de la artista, a Cara de Quinqué ya casi no le quedaba sombrero.

Hasta el casquete había roído.

Poco después de que Diana York quedara completamente desnuda, erguida, las manos en las caderas y las piernas ligeramente separadas, el simpático *poney* volvía a aparecer en la pista.

Diana lo montó así, con todo al aire, y dio unas cuantas vueltas por la pista, recibiendo los fervorosos aplausos del público, más satisfecho que nunca de la actuación de la artista, a la que también dedicaban frases y gritos de admiración.

La Zorra Roja saludaba con la mano, agitándola, aunque también parecía saludar con los pechos, que se agitaban al mismo tiempo que la mano, a causa del trote del *poney*.

Cuando Diana York se retiró de la pista, a lomos del caballito, que despertaba la envidia de muchos de los espectadores, y huelga decir por qué, la ovación fue de gala.

Un empleado del club esperaba a la artista, con una bata en las manos, dorada y brillante.

Diana, que ya se había bajado del *poney*, se la puso, se ató el cinturón, y echó a andar.

No fue a su camerino, sino al despacho de Bruno Hyland, a cuya puerta llamó.

—Adelante —autorizó el propietario del club, desde el otro lado. La artista abrió la puerta y entró en el despacho.

—Diana... —sonrió Hyland, quitándose el grueso cigarro que sostenía entre los dientes.

—No has presenciado mi número, Bruno —dijo ella, en tono de reproche.

—Lo siento, pero es que estoy esperando a Max y Eddy.

—Te hubiera gustado.

—Seguro.

—Al público le entusias mó, ¿sabes?

—Lo creo. Supiste ganártelo desde la primera noche. Por eso te prorrogué el contrato, y en condiciones mucho más ventajosas para ti —repuso Hyland, que estaba sentado en su sillón.

Diana York rodeó la mesa y se sentó sobre las rodillas del propietario de El Zorro Azul, cuyo cuello cercó con sus brazos.

—Me apetece un beso. Bruno —hizo saber, entreabriendo sus rojos labios, húmedos e incitantes.

Hyland se lo dio.

Largo.

Profundo.

Excitante...

La artista de *streep-tease* también puso toda su experiencia, que no era poca, en la caricia.

Ello hizo que Bruno Hyland dejara el puro en el cenicero y deslizara su mano por la abertura de la bata, acariciando las esculturales piernas de Diana York.

Ella las entreabrió, para que Hyland pudiera acariciárselo todo.

El dueño del club no rechazó la descarada invitación, y jugueteó con la intimidad de la artista de *streep-tease*, obligándola a estremecerse de placer.

Diana separó un instante su ardiente boca de la de Bruno Hyland y ronroneó:

—¿De veras estás esperando a Max y Eddy, Bruno?

—Sí.

—¿Tardarán mucho?

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo ganas de hacer el amor. Unas ganas locas.

—También yo —sonrió Hyland, quien seguidamente indicó—: Espérame en tu camerino, Diana. En cuanto lleguen Max y Eddy, me reuniré contigo y pasaremos un rato delicioso.

—¿Por qué no me quedo contigo hasta que lleguen? —sugirió ella.

—Si quieres...

—Quiero, quiero —respondió Diana, y unió de nuevo su boca a la de él.

Bruno Hyland buscó ahora los pechos de la artista, y los encontró tibios y palpitantes, como siempre. Empezó a masajearse los con habilidad, pellizcando sus hermosos pezones.

Desgraciadamente para los dos, la puerta se abrió de pronto y alguien entró en el despacho.

Bruno Hyland despegó su boca de la de Diana York y miró hacia la puerta, furioso, porque tenía prohibido a todo el mundo que entraran sin llamar.

Pero no dijo nada.

Se había quedado sin habla al descubrir que se trataba de Dan Larson.

CAPÍTULO XI

Bruno Hyland, consciente de lo que podía suponer para él la llegada de Dan Larson, retiró velozmente su mano de los senos de Diana York, abrió el cajón superior de la mesa, y extrajo la pistola automática que guardaba en él.

—¡Quieto ahí, Dan! ¡No des un solo paso más o disparo! —amenazó, apuntándole al pecho.

El expresidiario, que había echado a andar hacia la mesa del dueño del club, se detuvo.

—Guarda ese chisme, Bruno. No es necesario —aseguró.

—¿No?

—He venido a hablar contigo, no a matarte. Aunque confieso que hubo un momento en que deseé hacerlo.

Bruno Hyland, pese a que seguía desconfiando, pellizcó la prieta grupa de la artista de *streep-tease* e indicó:

—Esfúmate, Diana.

La Zorra Roja se levantó, se cerró bien la bata, y abandonó silenciosamente el despacho.

—Acércate, Dan —dijo Hyland.

Larson se aproximó.

—Siéntate —indicó Hyland.

El expresidiario ocupó el sillón que había frente a la mesa y observó:

—Sigues con la pistola en la mano, Bruno.

—Pura precaución.

—Totalmente innecesaria, porque yo no llevo armas.

—¿Seguro?

—Regístrame, si quieres.

—No, voy a creerte —repuso Hyland, y devolvió la pistola al cajón, que no cerró.

De ese modo, si se veía precisado a empuñarla de nuevo, la

tendría más a mano.

—¿No me preguntas por Max y Eddy, Bruno? —dijo Dan.

—Fueron a tu casa, ¿no?

—Sí, hace un rato.

—¿Y...?

—Les machaqué la cara a los dos. Y a Max, algo más que la cara.

Hyland acusó visiblemente las palabras del expresidiario.

—¿Qué pasó, Dan?

—¿De veras no lo sabes, Bruno?

—No, cuéntamelo tú.

—Max y Eddy querían violar a Jill, mi novia. Pensaron que yo, a causa de la paliza que ellos me dieron el jueves por la noche, no podría defenderla. Se equivocaron, porque estoy bastante recuperado. Más de lo que yo mismo imaginaba.

—Max y Eddy no pensaban violar a tu novia, Dan. Sólo darle un susto a ella. Y a ti también, claro.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra. Sólo se trataba de hacerte cambiar de idea, Dan. Quiero que vuelvas a trabajar para mí, ya lo sabes.

—¿Por qué tanto interés, Bruno?

—Me caes bien, Dan. Me caíste bien desde el principio. Sentí mucho que la policía te atrapara.

—Más lo sentí yo.

—Tuviste mala suerte, Dan.

—Sí.

—No me mencionaste para nada cuando la policía te interrogó, y eso es muy de agradecer, Dan.

—No soy un soplón.

—Quiero recompensarte por ello.

—Ya me dijo Jill que le ofreciste quinientos dólares.

—Sí, pero ella no quiso aceptarlos.

—Yo tampoco los hubiera aceptado.

Bruno Hyland se mesó el cabello.

—¿Por qué no quieres trabajar de nuevo para mí, pues?

—Lo que yo no quiero es vender droga, Bruno.

—Pero, eso es lo que...

—Me gustaría trabajar para ti, Bruno, pero realizando una tarea más importante.

—No te entiendo, Dan.

—Quiero meterme de lleno en todos tus negocios, ser algo así como tu brazo derecho.

Hyland entrecerró los ojos.

—¿Lo dices en serio, Dan?

—Muy en serio.

—¿Y por qué deseas eso, vamos a ver?

—Tengo varias razones, Bruno.

—¿Primera...?

—Quiero ganar mucho dinero, todo el que pueda.

—¿Segunda...?

—Ya que arriesgo mi libertad, que sea por algo que valga realmente la pena.

—¿Tercera...?

—Tú a mí también me caes bien, Bruno.

—¿Cuarta...?

—Me gusta tu club, aunque sólo sirva de tapadera para tus otras actividades. El Zorro Azul es un local muy agradable, se siente uno a gusto en él. Y conste que no estoy pensando en esa turbadora pelirroja que tenías sobre tus rodillas, cuando entré en el despacho.

Hyland se echó a reír.

—Sí, Diana está tremenda.

—Todas las chicas que trabajan en tu club lo están.

Hyland le guiñó el ojo maliciosamente.

—Tu chica también es preciosa, Dan.

—No hablemos ahora de Jill, sino de nosotros. ¿Te interesa mi proposición, Bruno?

—Por supuesto. Necesito un hombre de confianza, y nadie mejor que tú para ocupar ese puesto. Eres joven, fuerte, valiente, fiel, inteligente... Max, Eddy y los otros sólo tienen corpachón, pero les falta cabeza. No discurren, los muy zoquetes. Por eso me veo obligado a sacudirles de cuando en cuando. Como cuando te dieron la paliza a ti. Yo no les ordené que te golpearan, Dan. Lo hicieron por su cuenta.

—Lo sé.

—¿Cuándo quieres empezar a trabajar, Dan?

—El lunes, si te parece bien. Quiero acabar de recuperarme de los golpes que me propinaron Max y Eddy.

—Me parece muy bien, Dan.

—Entonces no hay más que hablar, —dijo el expresidiario, poniéndose en pie.

Hyland se levantó también, rodeó la mesa, y dio un abrazo a Larson.

—Cuánto me alegro de que seamos de nuevo amigos, Dan.

—Yo también, Bruno —sonrió el expresidiario—. Sólo hay una cosa que...

—¿Qué cosa, Dan?

—No, nada.

—Habla sin temor, te lo ruego.

Dan se tironeó el lóbulo derecho.

—Bueno, verás, se trata de Jill...

—¿Qué le pasa a Jill?

—No le gustó nada lo que le hiciste ayer, ¿sabes?

—Lo de limpiar mi despacho, ¿no?

—Sí. Y en pantaloncito y sujetador, además.

Hyland rió, como restándole importancia a la cosa.

—Nadie se aprovechó de ella, te doy mi palabra.

—Lo sé. De todos modos, Jill se quedaría mucho más tranquila si supiese que yo te he pedido una satisfacción.

—¿Qué clase de satisfacción?

—Una pelea, por ejemplo.

Hyland pestañeó.

—¿Quieres que peleemos, Dan...?

—De forma amistosa, por supuesto. Cambiamos unos cuantos golpes, y listo.

—Pero, dado tu estado, no creo que te convenga recibir tres o cuatro puñetazos...

—Ya sé que no. Por eso procuraré esquivar tus puños, y ser yo sólo el que pegue.

Hyland rió.

—No te será fácil, Dan, porque yo peleo bien.

—Y yo. ¿Qué te crees?

—De acuerdo, mediremos nuestros puños amistosamente —aceptó el propietario de El Zorro Azul, despojándose de la chaqueta, la cual dejó sobre la mesa.

Dan Larson se quitó la cazadora, dejándola también sobre la

mesa.

Bruno Hyland levantó sus puños y empezó a danzar frente al expresidiario, como un púgil profesional.

—¿Estás listo, Dan?

—Sí, Bruno —respondió Larson, sin saltitos y con los puños bajados.

—Vamos, ataca tú primero.

Dan soltó el puño derecho, sin mucha fuerza y más bien con lentitud.

Hyland lo burló fácilmente, claro.

—Soy bueno esquivando golpes, ¿eh, Dan? —rió, muy ufano, sin dejar de bailotear y de mover los puños.

—Sí, es cierto —asintió Larson, sonriendo.

—Vamos, ataca otra vez.

—Ahora te toca a ti, Bruno.

—No, ataca tú. Me resulta más divertido esquivar tus golpes que propinártelos.

—Como quieras —repuso Dan, y volvió a soltar el puño derecho, sin potencia y sin rapidez, como antes.

Hyland lo esquivó, cómo no, pero lo que él no esperaba es que el otro puño de Dan partiese una fracción de segundo después, de manera centelleante y como cargado de dinamita.

El trallazo, en plena mandíbula, derribó al dueño del club, que quedó sentado en el suelo. Desde allí miró a Dan Larson, con incredulidad.

—Qué castañazo, Dan... —murmuró, masajeándose el mentón.

—Y eso que estoy a medio recuperar —sonrió Larson, irónicamente.

—Tendré que desquitarme —rezongó Hyland, poniéndose en pie.

—Atacas tú, ¿no, Bruno?

—Sí, ahora ataco yo.

—Vale.

Hyland, que ya no bailoteaba, disparó su puño diestro, con potencia.

Dan ladeó la cabeza con rapidez y el puño de Bruno sólo le hizo aire en la oreja.

El fallo desequilibró al dueño de El Zorro Azul.

Dan Larson lo acabó de desequilibrar al colocarle el puño de nuevo en el mentón, pero ahora, pegando de abajo para arriba.

Bruno Hyland también se fue para arriba, elevado por el castañazo, y un segundo después aterrizaba en el suelo, pero como él no era un avión, lo hizo de mala manera.

Dan se lamió los nudillos, despellejados de tanto golpe como estaba repartiendo aquella noche.

—Lo siento, Bruno, pero, como tú dijiste, no me conviene recibir puñetazos, así que hago todo lo posible por esquivarlos.

—No sólo esquivas, bribón. También sacudes que es un gusto —rezongó Hyland.

—En plan amistoso, ya lo sabes.

—Pues habrá que verte golpeando cuando estás enfadado.

—Max y Eddy ya me han visto.

—Lástima me dan, pues.

—Vamos, arriba.

Hyland se levantó.

Intentó nuevamente cazar a Dan, pero fue éste quien volvió a cazarle a él después de burlar hábilmente el puño del dueño del club.

Bruno Hyland se derrumbó por tercera vez, y como todo empezaba ya a darle vueltas, dijo:

—¿No crees que tu novia se dará ya por satisfecha, Dan?

—Desde luego.

—Entonces, no cambiemos más golpes. Aunque no sé por qué digo cambiar, si todos los he recibido yo —rezongó, moviendo la mandíbula con gesto de dolor.

—He tenido suerte.

—No, nada de suerte. Que eres mejor que yo peleando, las cosas ciaras —reconoció Hyland.

Dan le tendió la mano y le ayudó a levantarse.

—¿Estás bien, Bruno?

—Algo mareado.

—Será mejor que te sientes y tomes un trago. Eso te despejará.

—Seguro.

Dan acompañó a Bruno hasta su sillón, donde el propietario del club se dejó caer materialmente.

El expresidiario se puso la cazadora.

—Hasta el lunes, Bruno.

—Adiós, Dan.

—Y gracias por darme la satisfacción que pedía Jill. —Si lo sé no te la doy.

Dan rió y caminó hacia la puerta.

Estaba a punto de alcanzarla, cuando de pronto se detuvo y volvió la cabeza.

—Bruno...

—¿Sí, Dan?

—¿Podrías adelantarme algún dinero?

—Por supuesto. ¿Cuánto quieres?

—Con quinientos dólares me arreglaré.

Hyland echó mano de su cartera y contó algunos billetes.

—Toma, Dan.

El expresidiario se acercó y cogió el dinero.

—Me has dado mil, Bruno...

—Una pequeñez, comparado con lo que vas a ganar trabajando para mí —sonrió Hyland, pero muy levemente, porque le dolía la quijada.

Dan se guardó el dinero.

—Gracias, Bruno —dijo, y abandonó el despacho.

CAPÍTULO XII

Jill Monroe aguardaba en el interior del «Buick» negro de Max Gruber y Eddy Rawlins, estacionado no muy lejos de El Zorro Azul.

Cuando vio aparecer a Dan Larson, dio un hondo respiro. El expresidiario alcanzó el coche y se introdujo en él. Jill le cogió por los hombros.

—¿Salió bien, Dan...? —preguntó con viva ansiedad. Larson la besó primero en los labios y luego respondió—: Tal y como yo lo había planeado, Jill.

—¿Vas a ser el brazo derecho de Bruno Hyland?

—Bueno, eso cree él.

—Tu plan es muy peligroso, Dan.

—¿Por qué?

—Si Hyland descubre que...

—No lo descubrirá.

—No puedes estar seguro de eso.

—Lo estoy. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Hyland no sospecha nada, se tragó la historia de principio a fin. Y no te he contado lo mejor, Jill.

—¿Qué es lo mejor?

—Le aticé tres puñetazos a Hyland como tres soles. Jill parpadeó, incrédula.

—¿Le pegaste a Hyland...?

—Con muchas ganas.

—¿Por qué?

Dan se lo explicó.

Jill murmuró:

—Yo no te pedí que le exigieras ninguna satisfacción, Dan...

—No, ya lo sé. Fue un pretexto para poder sacudirle sin que sospechara que yo deseaba hacerlo.

—Oh, ya entiendo.

—Obligarte a limpiar su despacho, en braguitas y sostén, fue una cochinada.

—Desde luego. Y lo que ordenó a Max y Eddy que hicieran esta noche conmigo... —Se estremeció Jill, sólo de recordarlo.

—Hyland negó que él hubiera ordenado tal cosa. Dijo que Max y Eddy sólo tenían que darnos un buen susto a los dos, para hacerme cambiar de idea.

—Max me hubiera violado de no intervenir tú, Dan. Y después me hubiera violado Eddy.

—Sí, es posible. Hyland debió negarlo para suavizar las cosas.

—Seguro.

—Bien. Sea como fuere, no hubo violación y ahora ya no existe el peligro de que la haya. Hyland no volverá a molestar a la novia de su hombre de confianza —sonrió Dan, y puso el «Buick» en marcha.

—¿Adónde vamos, Dan? —preguntó Jill.

—A tu apartamento. Max y Eddy deben de seguir en mi piso, y no quiero encontrarme de nuevo con ellos antes de que Hyland les haga saber que voy a ser su brazo derecho.

Minutos después, Dan Larson y Jill Monroe entraban en el apartamento de ésta.

La joven tomó las manos de su novio y observó:

—Tienes los nudillos destrozados, Dan.

—No me extraña. He dado más puñetazos esta noche que en toda mi vida —repuso él.

—Te los curaré.

—No, déjalo. Estoy deseando volver a la cama.

—Cansado, ¿verdad?

—Sí, pero no es por eso por lo que deseo volver a la cama contigo —repuso Dan, enlazando por la cintura a su novia y atrayéndola hacia sí.

—¿Qué insinúas? —sonrió ella, con malicia.

—¿No lo imaginas? —Dan empezó a besarle todo el rostro, suavemente.

—Quedamos en que sería mañana por la mañana.

—No voy a esperar más.

—Aún no estás totalmente recuperado, Dan.

—Si estoy bueno para romper caras, también estoy bueno para lo otro —repuso el expresidiario, desabotonando ya la blusa de su novia.

—Por unas horas más...

—Ni un minuto. He esperado dieciocho meses y tres días. Me parece que ya es esperar, ¿no?

—A mí no me lo digas, que yo he esperado el mismo tiempo que tú.

—Las mujeres soportáis mejor la abstinencia sexual.

—Y un cuerno.

—Bueno, yo siempre he oído decir que...

—Mentira. La mujer necesita el sexo del hombre tanto como el hombre el sexo de la mujer, y la que diga lo contrario, miente por falso pudor.

Dan ya había abierto la blusa de su novia y soltando el sujetador, por lo que los senos de ella estaban al descubierto. Comenzó a acariciárselos, sin dejar de darle besitos en el cuello, en las orejas, en los ojos...

—¿Decías, Jill?

—¿Es que no me estabas escuchando?

—Sí, pero como estoy pensando en otras cosas...

—¿En las que tienes en las manos?

—Y en lo que hay un poco más abajo.

—¿Te refieres al ombligo?

—Más abajo, más abajo.

—No tengo idea de qué puede ser.

—Conque no, ¿eh?

—No, de veras —sonrió Jill, maliciosa.

Dan le soltó la falda y la dejó en pantaloncitos.

Un instante después, su mano descendía y se introducía por debajo del elástico de la delicada prenda, acariciando el suave vello púbico antes de alcanzar lo que venía después.

—¿Sigues sin tener idea, Jill...? —preguntó, socarrón.

La joven cerró dulcemente los ojos y exhaló un gemidito de placer.

—Dan... —musitó.

El expresidiario la tomó en brazos y echó a andar hacia el dormitorio de ella, porque aquello tenía que terminar en la cama.

Y sin más demora.

CAPÍTULO XIII

Dan Larson llevaba ya una semana a las órdenes de Bruno Hyland, y éste se hallaba plenamente satisfecho con la forma de desenvolverse del expresidiario.

Dan lo asimilaba todo con sorprendente facilidad, y en tan sólo siete días, sabía casi tanto de los delictivos negocios de Hyland como éste mismo.

El propietario de El Zorro Azul se hallaba encantado de que así fuera, porque ello le permitía disponer de más tiempo libre, ya que, con toda tranquilidad, podía dejar a Dan Larson al cuidado del club y de sus clandestinas actividades.

Quienes no se hallaban tan encantados con la labor de Dan Larson, eran Max Gruber y Eddy Rawlins.

Nada encantados, para ser exactos.

Ninguno de los dos le perdonaba el machacamiento de cara que sufrieran días atrás, en su piso y a manos de él.

A puños de él, mejor dicho.

En los rostros de ambos matones se apreciaban aún huellas de golpes, y Max Gruber todavía caminaba un poco pando, porque no se había repuesto totalmente del rodillazo que Dan Larson le atizara entre los muslos, y le seguían doliendo los genitales.

Dan sí se hallaba repuesto por completo, tanto de los golpes de arriba como del de abajo.

Para cerciorarse de lo primero, bastaba con mirarle la cara, que estaba como nueva. De lo segundo, podía dar fe Jill Monroe.

Dan y ella hacían todas las noches el amor.

Y alguna que otra mañana, también.

Había que recuperar el tiempo perdido.

Y había sido tanto...

Bruno Hyland tampoco les andaba a la zaga en ese aspecto.

En el de hacer el amor, se entiende.

Diana York era su actual pareja para eso.

Y ya no lo hacían en el club, como antes, sino en la magnífica casa que poseía Bruno Hyland en las afueras de la ciudad.

Como Hyland disponía de más tiempo...

La noche anterior, cuando la artista de *strep-tease* finalizó su actuación en El Zorro Azul, Bruno la metió en su lujoso «Lancia» y la llevó a su hermosa casa.

Llegar a ella, y meterse en la cama, fue todo la misma cosa.

Y todavía seguían en el amplio lecho, pese a ser casi las doce de la mañana del domingo.

Mucho más tranquilos y relajados que cuando se tumbaron en él, eso sí.

Tan tranquilos y tan relajados, que ambos dormían plácidamente.

El teléfono los despertó, aunque sólo a medias.

Bruno Hyland, sin despegar los párpados, alargó el brazo en busca del auricular, pero como se hallaba acostado de espaldas a la mesilla de noche, que era donde descansaba el aparato, en vez del teléfono palpó los duros y voluminosos senos de Diana York, quien dormía boca arriba, cubierta sólo hasta la cintura por la sábana.

La Zorra Roja, que tampoco había abierto los ojos, ronroneó:

—¿Vuelves a tener ganas de juerga, Bruno?

—No, maldita sea —rezongó él, retirando la mano—. Busco el teléfono.

—Es verdad, está sonando.

Hyland se dio cuenta y alcanzó por fin el teléfono, tomando el auricular, que se acercó al oído.

—¿Quién es el simpático que me ha despertado? —Gruñó.

—Soy yo, Bruno.

—Tú tenías que ser, desgraciado —masculló Hyland, al reconocer la voz de Max Gruber.

—Perdona que te haya despertado, Bruno, pero es que...

—No, no te lo perdono Y cuando te tenga delante de mí te voy a dejar sin dientes de un castaño.

—Me quedan tan pocos, que no tendría mérito.

—¿Aún no has ido al dentista?

—No, todavía no. Y Eddy tampoco.

—A ése también le voy a sacudir con ganas, cuando me lo eche

a la cara.

—¿A él por qué, Bruno?

—Porque me cae gordo, como tú.

—Entiendo.

—¡Milagro!

—¿Qué te parece un milagro, Bruno?

—Que tú entiendas algo, pedazo de tarugo.

—Yo no soy un tarugo, Bruno.

—Que no, ¿eh? Tírate al agua y verás como flotas.

—Dan Larson se hundiría, porque es muy listo.

—Cien veces más que vosotros, imbécil.

—Si, es tan listo, que reengañó como a un chino. Las palabras de Max Gruber hicieron enrojecer al propietario de El Zorro Azul.

—¿Cómo has dicho, estúpido?

—Que Dan Larson te engañó, Bruno. No quiere ser tu brazo derecho, sino llevarnos a todos a la cárcel.

—¿De qué demonios estás hablando, alcorcho?

—Ese bastardo trabaja para la policía, Bruno.

—¿Qué...?

—Hace un rato, casualmente, lo vi hablando con el teniente Owens, del Departamento de Narcóticos.

Bruno Hyland quedó sin habla.

Y sin respiración.

—¿Sigues ahí, Bruno? —dijo Max.

—Sí...

—Bien, tú dirás lo que hacemos.

—¿Estás seguro de que era con el teniente Owens, con quién hablaba Dan?

—Absolutamente seguro.

—Puede tratarse de alguien que se le parezca...

—Era el teniente Owens, Bruno. Lo conozco bien.

—Supongo que ellos no te verían a ti, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Tomé mis precauciones, pese a ser un tarugo, un alcorcho, un imbécil, y no sé cuántas cosas más.

Hyland se mordió los labios.

—Siento haberte llamado eso, Max.

—No importa, ya estoy acostumbrado. Y Eddy también.

—Os pido perdón a los dos.

—No es momento de hablar de perdón, sino de venganza. Hyland respingó ligeramente en la cama.

—¿Me amenazas, Max...?

—No digas tonterías, Bruno. Me refería a Dan Larson.

—¡Ah!, bueno.

—Yo me lo cargaría, Bruno. Y a su novia también.

—No te precipites, Max. Antes tenemos que averiguar qué es lo que le ha contado Dan al teniente Owens.

—Todo lo que sabe, seguro. Y ya sabía mucho, Bruno, gracias a ti.

Hyland apretó los maxilares.

—No me lo recuerdes, Max.

—La cosa ya no tiene remedio.

—Es posible que aún lo tenga.

—¿Tú crees?

—La policía no intervendrá hasta que Dan no lo averigüe todo. Le falta por saber algunas cosas. Eso nos proporcionará el tiempo que necesitamos.

—¿Para qué, Bruno?

—Para darle su merecido a ese hijo de perra de Dan Larson. Y a su novia también, como tú muy acertadamente has sugerido.

—Perfecto, Bruno.

—¿Desde dónde me llamas, Max?

—Desde una cabina telefónica. No me atrevía a llamarte desde el club, porque Dan Larson está allí.

—Has hecho bien, Max. ¿Eddy está contigo?

—Sí, lo tengo a mi lado.

—Bien. Acudid los dos al club y esperadme allí. Yo llegaré en unos minutos.

—Entendido, Bruno.

—Pero no intentéis nada contra Dan, ¿eh?

—Descuida. Ya le ajustaremos las cuentas cuando tú llegues.

—Eso es. Hasta dentro de un momento, muchachos.

Bruno Hyland colgó el auricular y saltó de la cama, completamente desnudo.

Mientras se vestía con rapidez, contempló a Diana York.

Por fortuna se había vuelto a dormir.

Había dicho cosas que no le interesaba que ella supiera.

Hyland acabó de vestirse.

Antes de abandonar el dormitorio, sin embargo, no pudo resistir la tentación de inclinarse sobre la artista de *strep-tease* y besar sus rotundos pechos.

Ella se estremeció dulcemente y musitó:

—Bruno...

—Sigue durmiendo, preciosa.

Diana entreabrió los ojos.

—¿Te marchas, Bruno...?

—Sí, tengo que ir al club. Pero volveré enseguida, no te preocupes.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Diana alzó los brazos y le cogió la cabeza.

—Bésamelos otra vez, Bruno.

Hyland volvió a posar sus labios sobre los tibios senos femeninos, jugueteando un instante con sus erectos pezones.

La artista exhaló un suspiro de gozo.

—Bruno, Bruno... —Se agitó en la cama, excitada.

Hyland se irguió, porque también él se estaba excitando.

—Cuando vuelva seguiremos con esto, nena.

Diana le sonrió lascivamente.

—Te estaré esperando, Bruno —dijo, y para que el dueño de El Zorro Azul se diera prisa en volver, tiró de la sábana hacia abajo y dejó al descubierto sus largas piernas, descaradamente separadas.

Bruno Hyland dio media vuelta con rapidez y echó a andar hacia la puerta con paso raudo, pues sabía que si La Zorra Roja se lo proponía, él tendría que hacerle el amor antes de irse.

CAPÍTULO XIV

Dan Larson se hallaba en el despacho de Bruno Hyland, con unas facturas en las manos.

Súbitamente, la puerta se abrió y el dueño de El Zorro Azul irrumpió en la estancia, acompañado de Max Gruber y Eddy Rawlins.

Los tres esgrimían pistola.

El expresidiario, que vestía un traje claro, de impecable corte, y una camisa de seda, azul, se quedó mirándolos, visiblemente sorprendido.

—¿Qué diablos ocurre, Bruno...? —preguntó.

Hyland lo masticó con los ojos.

—Que te hemos descubierto, eso es lo que ocurre —masculló.

—No te entiendo, Bruno.

—Claro que me entiendes, bastardo. Pero tratas de disimular, para ver si consigues salir con bien de esto. Y no vas a salir, Dan, te lo puedo garantizar.

—Palabra que no sé de qué me hablas.

—Conque no, ¿eh? Bien, sólo te diré que Max te sorprendió esta mañana hablando con el teniente Owens, del Departamento de Narcóticos.

—Ahora lo entiendo.

—Sí, ¿verdad?

—Es falso, Bruno.

—¿Niegas que estuviste hablando con el teniente Owens?

—Rotundamente.

—Es inútil que lo niegues, maldito. Max te vio.

—Max miente. Y tú deberías saber por qué, Bruno. El y Eddy no me pueden tragar, desde que les obligué a escupir casi todos los dientes en mi piso, y no quieren recibir órdenes mías. Han inventado esa historia para que tú te deshagas de mí.

Hyland pareció dudar.

Max Gruber, dándose cuenta de ello, rugió:

—¡No te dejes engañar de nuevo, Bruno! ¡Dan está mintiendo!
¡Yo te juro por la memoria de mi madre que lo vi hablando con el
teniente Owens!

El expresidiario lo miró duramente.

—Eres una rata asquerosa, Max. Y Eddy es otro bicho
repugnante. Bruno debería echaros a los dos a patadas. Si me
autoriza, yo mismo os echaré.

Eddy Rawlins atirantó el rostro.

—No le hagas caso, Bruno. Max dice la verdad, estoy seguro. Es
ese hijo de una sucia ramera quién miente descaradamente.
Démole su merecido.

—¡Y cuanto antes! —Ladró Max.

Bruno Hyland, tras unos segundos más de meditación, ordenó
fríamente:

—Coge el teléfono y llama a Jill, Dan.

—¿A Jill?

—Sí.

—¿Para qué?

—Dile que venga aquí inmediatamente.

—No, no haré eso.

—Hazlo o te vuelo la cabeza.

—Los crees a ellos, ¿eh?

—Sí.

—Mienten, Bruno.

—El teléfono, Dan.

—Bruno...

—Llama a tu novia o aprieto el gatillo.

Dan Larson dio un suspiro.

—De acuerdo, la llamaré —pareció acceder, y lo demostró
alargando la mano hacia el auricular.

No llegó siquiera a rozarlo, porque saltó del sillón de forma
inverosímil y cayó al suelo, quedando a cubierto tras la mesa.

—¡Plomo con él, muchachos! —rugió Bruno Hyland, accionando
el gatillo.

Max *Cara de Ladrillo* y Eddy *Cara de Buzón* hicieron funcionar
también sus armas.

Dan Larson ya había extraído la «Luger» que llevaba bajo la axila zurda, y que el propio Hyland le proporcionó el primer día que empezó a trabajar para él como su hombre de confianza.

Respondió al fuego del dueño del club y sus matones.

Su primera bala se incrustó en el pecho de Max Gruber, quien lanzó un alarido y se derrumbó.

El segundo plomo fue para Eddy Rawlins, quien también se vino abajo entre aullidos, porque el proyectil le había entrado por el ombligo y le estaba quemando las tripas.

Bruno Hyland no corrió mejor suerte que sus gorilas y recibió dos impactos; uno en el hombro derecho y otro en el pulmón izquierdo.

Se desplomó, dando un chillido de dolor, y poco después perdía el conocimiento, como Max Gruber y Eddy Rawlins.

Dan Larson se irguió, cogió el teléfono y llamó a la policía.

EPÍLOGO

El teniente Owens, un tipo alto y robusto, que frisaba los cuarenta años de edad, acudió rápidamente a El Zorro Azul, acompañado de varios de sus hombres.

También llegaron dos ambulancias, cuyo personal se hizo cargo de los heridos, todos ellos graves, aunque había bastantes probabilidades de que los tres salvaran la vida.

Dan Larson explicó lo sucedido al teniente Owens.

Éste comentó:

—Casi parece un milagro que salieras ileso del tiroteo, Larson.

—Debe de ser que aún no ha llegado mi hora, teniente.

El policía le oprimió el hombro afectuosamente.

—Has hecho un buen trabajo, Larson.

—A la fuerza, ya lo sabe. Si Bruno Hayland no se hubiera metido conmigo, no se me habría ocurrido el plan que he llevado a cabo.

—Y gracias al cual vamos a poder dismantelar la organización que tiene montada Hyland. Esta misma mañana arrestaremos a todos los que trabajan en ella. Conocemos sus nombres y sabemos dónde encontrarlos, gracias a ti.

—A un expresidiario...

El teniente Owens sonrió.

—Tengo buenas noticias para ti, Larson.

—¿De veras?

—Supongo que querrás trabajar, ¿no?

—Desde luego.

—Tengo un empleo para ti.

—¿En serio...?

—Sí, muchacho.

—¿Qué clase de empleo, teniente?

—Conducir una camioneta por la ciudad, de lunes a viernes y de nueve a cinco. Ganarás doscientos dólares a la semana. ¿Te

interesa?

—¡Ya lo creo!

—Pues tuyo es, Larson. Preséntate mañana por la mañana en esta dirección —Owens le entregó una tarjeta.

—¡Estoy tan contento que le daría un beso, teniente!

—Mejor que se lo des a tu novia, que yo voy sin afeitarse —repuso el policía, riendo.

—¡A ella le voy a dar un millón! —exclamó el expresidiario, eufórico, y echó a correr hacia la puerta.

Quince minutos después entraba en el apartamento de Jill Monroe.

La joven se hallaba en la cocina, preparando la comida.

—¡Jill! —gritó Dan, corriendo hacia ella.

—¿Qué sucede, cariño?

—¡Ya acabó todo!

—¿De veras...?

—¡La policía ha detenido a Bruno Hyland y a toda la gentuza que trabaja para él!

—¡Oh, eso es magnífico, Dan! —exclamó Jill, abrazándose a él.

—¡Pues lo otro aún lo es más!

—¿Qué es lo otro, amor mío?

—¡El teniente Owens me ha proporcionado un empleo!

—¡Dan!

—¡Voy a conducir una camioneta por la ciudad, y ganaré doscientos pavos a la semana!

—¡Esto es fenomenal, cariño!

—¡Con ese sueldo y el dinero que le he sacado a Hyland en los siete días que he trabajado para él, podemos casarnos y vivir sin apuros aunque tú no trabajes!

—¡Sabes que no me importa trabajar, Dan!

—¡Pero yo no quiero que trabajes! ¡Te quedarás en casa, cuidando de los niños!

—¡Todavía no los tenemos, Dan!

—¡Pero con la insistencia que los buscamos, no tardarán en llegar!

—¡Eso sí!

Rieron los dos.

Dan tomó en brazos a su novia.

—¡Vamos, Jill!

—¿Adónde?

—¡A escribir de nuevo a París!

—¡Ya escribimos anoche, Dan!

—¡Cuantas más cartas mandemos, mejor!

—¡A ver si la cigüeña nos toma manía y nos manda gemelos!

—¡Como si nos quiere traer trillizos! ¡Yo no pienso devolverle ninguno!

—¡Estás loco, Dan! —rió Jill Monroe.

—¡Por ti! ¡Y te lo voy a demostrar de una vez! —repuso Dan Larson.

Y, como ya estaban los dos sobre la cama, se lo demostró.

¡Vaya si lo demostró!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

